

SERIE "NEGRA Y
RECORTADA"

Nº1

CEMENTERIO DE BABEL

FERNANDO DE CEA

D.J.57

CEMENTERIO DE BABEL

FERNANDO DE CEA

CEMENTERIO DE BABEL

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso previo por escrito del autor.

© Fernando de Cea Velasco 2019

www.fernandodecea.com

Photo by Pixabay

No me gustan los funerales. Los odio. Obviamente no he faltado a éste, pero siempre que puedo busco alguna excusa con tal de no asistir a velatorios, responsos, misas de difuntos y toda esa monserga. No soporto las condolencias forzadas, los pésames con la boca chica, la hipocresía de los vivos para con los fallecidos y, lo que es peor, para con los familiares y amigos de los muertos: “si puedo hacer algo no dudes en llamarme”, “era tan buena persona”, “siempre se mueren los mejores”... Frases hechas pronunciadas con la falsedad del que por educación se ve obligado a dar el pésame. ¿Que no dudes en llamarme? Procura no darme la lata, porque no te voy a hacer ni caso, eso es lo que habría que decir. ¿Que era una buena persona? ¿Que lo sientes mucho? Pero si ni siquiera lo conocías. A lo mejor era un maltratador, o una arpía de cuidado... ¿Tú qué sabes cómo era? Anda, por favor, no me jodas, es lo que más de uno se merecía como respuesta cuando le llega el turno en la fila de los que presentan sus respetos.

Una cola que hoy por lo menos ha desfilado con premura debido a la que estaba cayendo. ¿Por qué llueve siempre en los entierros? Es como si estuviera previsto en el programa: a las 10:00 comienza lluvia; a las 10:30 llegada de la comitiva al cementerio; a las 11:00 sepelio; a las 11:30 fin de lluvia... Como si formáramos parte de una secuencia de cine ¿Recuerdan alguna escena de un entierro en la gran pantalla? ¿En cuántas de ellas se pone a llover? Desde luego, queda muy bien, muy metafórico. El agua calando al público que aguanta la llovizna otoñal de riguroso luto negro, escondidos detrás de gafas oscuras que parecen querer ahuyentar a un sol que brilla por su ausencia. Cobijados debajo de los paraguas que gotean sobre el ataúd lágrimas de cocodrilo, al tiempo que escuchan las solemnes palabras que con una rutina inmisericorde recita el sacerdote, las mismas que se oyen cada vez que alguien deja este mundo. En primera fila, enfrente del cura, se sitúan los familiares más cercanos y los amigos íntimos. Unos más que otros, todos aguantando el tirón, deseando que acabe. Algunos hasta se atreven a mirar el féretro no con pena, sino con el temor del que sabe que, tarde o temprano, ocupará ese puesto. En segundo término, para no perderse detalle, suelen colocarse los que acuden por puro morbo, una especie de frikis que coleccionan funerales y que parecen vivir en el camposanto; detrás se refugian los que han llegado tarde —la mayoría a propósito—; y, finalmente, el resto, un pequeño conjunto de desconocidos, seguramente familiares lejanos, o cercanos, pero que sólo aparecen en contadas ocasiones y que se comportan como los extras que son contratados para hacer bulto. Figurantes —qué palabra

tan adecuada— a imagen y semejanza de los que participan en los rodajes a cambio de unos euros y un bocadillo; secundarios que no tienen arte ni parte en la trama y que no vuelven a aparecer más en las vidas de los protagonistas. Son plañideras que justifican su presencia con jaculatorias y pésames que entregan a cambio de que los familiares del muerto hagan lo mismo cuando a ellos le llegue su turno. Compromisos de relleno que aseguran un mínimo de quórum en futuras exequias, una suerte de seguro de participación que descansa en el consabido, “hoy por ti mañana por mí”.

Mientras eso ocurre, el féretro, protagonista solitario de la escena, aguarda el fin de la ceremonia a los pies de los asistentes, orillando el que va a ser su lugar de descanso: una oscura y húmeda fosa rectangular.

Hoy también ha sido así, tal como lo he descrito. Una desagradable mañana en blanco y negro, en la que las nubes plomizas pesaban tanto como la losa que ha sellado el sepulcro. Cumulonimbos que no permitían el paso de la luz, que se han empeñado en que hasta los ramos de flores y las coronas que se amontonaban sobre la gruesa lápida de mármol perdieran su color.

Qué diferencia con lo ocurrido hace tan solo tres semanas cuando inaugurábamos la empresa. Qué opuestos los ánimos de entonces a los de hoy, y qué público tan distinto. Dos jornadas dispares que, sin embargo, han tenido una protagonista común. A pesar de que aquel sábado la fiesta era en honor de los socios de la agencia, Paula se cuidó mucho de prepararlo todo para ser ella la figura central. Quiso ser la estrella del evento, el foco de todas las miradas. Seguramente entonces consiguió su propósito; esta mañana, en el cementerio, también lo ha logrado...

La rodilla en la espalda

Las gambas bechamel, el salmorejo de remolacha y el jamón de pata negra eran los mayores logros del selecto catering que Paula había contratado, y por el que continuamente estaba recibiendo las felicitaciones de unos y otros. Las mesas de negociado, cubiertas con caminos de reps amarillo limón y decoradas con flores en pequeños jarrones cúbicos, tampoco habían quedado mal. La luminosidad de la habitación era otro elemento que sumaba: gracias a ella no hubo necesidad de encender los focos que en hileras de a cuatro se distribuían por el techo. Los ventanales apaisados llenaban todo un testero del local, y los rayos del sol aún entraban con fuerza suficiente a esas horas de la tarde para espejear sobre la puerta acristalada de la entrada. Las paredes blancas y los tonos cálidos de suelo y mobiliario conseguían que la luz proporcionara una agradable y tibia sensación de amplitud, desde luego mucho más de la que en realidad existía en aquellos cien metros cuadrados de oficina. Era la superficie que ocupaba la sala central donde Pelayo, Benito y la secretaria tenían su lugar de trabajo. A pesar de que los tres socios se repartían por igual los beneficios, Félix era el único que disponía de despacho, el reservado para el director gerente.

La fiesta era todo un éxito. Al mes de octubre apenas le quedaba una semana de vida, pero no hizo falta conectar la bomba de calor del aire acondicionado gracias al extemporáneo tiempo primaveral que estaban disfrutando, y a que la sala se encontraba a reventar. Unas sesenta personas, había calculado Paula, que se sentía satisfecha por un trabajo bien realizado. Sólo se le había escapado un detalle, aunque de forma involuntaria: ella iba vestida como si formara parte de una recepción en la casa real, mientras el resto de invitados no podían ir más casual. Daba la impresión de que lo que se estaba celebrando era una merienda en el bar de la piscina de la urbanización donde vivían Paula y Félix, en lugar de la apertura de una nueva agencia literaria en el centro de Sevilla. Seguro que se había corrido la voz de que la fiesta era de sport.

A pesar de todo, Paula de Zuloaga se encontraba en su salsa. Lo llamativo del vestido corinto, con un escote igual de provocativo que la sensual abertura de la falda talar, y la escasa competencia femenina —todas tan poco arregladas—, estaban jugando a su favor: no cabía duda de que Paula era el centro de la

reunión. Algo con lo que siempre había soñado, lo que ansiaba casi de forma enfermiza por encima de todas las cosas. El haber preparado el evento y, sobre todo, el haber confeccionado la lista de invitados, le había proporcionado la oportunidad de ver cumplido su desiderátum, el que esperaba desde hacía exactamente tres años y dos meses, la fecha de su boda con Félix.

Paula se había casado con Félix Otero, empresario y director de una agencia literaria, porque se imaginaba que la licencia de matrimonio iba a ser como el carné de socio que le daría acceso inmediato a la clase alta; algo que sin duda ella merecía. Gracias a esa creencia, disfrutó de la luna de miel y de las primeras semanas de casada. Cuando vio que transcurría el tiempo y que Félix no la “presentaba en sociedad”, comenzó a darse cuenta de su error: Félix resultó ser un completo desconocido para la jet, un don nadie al que tampoco le interesaba introducirse en ese ambiente selecto. Vivía para y por sus libros. Como una rata de biblioteca, apenas se relacionaba con la gente, con ninguna clase de gente; sólo se trataba con los autores a los que representaba, y lo hacía porque no tenía más remedio, porque de ello dependía su negocio.

Félix era el prototipo de macho ibérico, aunque sólo en apariencia. Paula se había casado con él después de un fugaz noviazgo. Se conocieron en un pub gracias a que el camarero les sirvió en la barra las copas equivocadas: un Baileys para él y un dry martini para ella. La devolución de las bebidas dio pie a la típica conversación de ligue de los puretas que allí solían reunirse. El intrascendente diálogo inició una relación que terminó en boda a los pocos meses. Paula se preguntaba si se dejó llevar por la teórica buena posición de Félix en el mundo empresarial, o si en realidad deseaba acostarse con aquel hombre que parecía salido de una telenovela mexicana; o si fueron ambas cosas. La tez oscura, el bigote ancho que disimulaba el involuntario gesto de levantar la comisura derecha de los labios, la rotundidad de un físico corpulento, y la firmeza de una mirada seria de ojos tan oscuros que parecían atrapar la luz, sin duda eran elementos que de entrada podían resultar atractivos.

Pronto Paula descubrió que detrás de aquella presencia arrebatadora no había nada, como un edificio en reconstrucción al que le han mantenido la fachada, pero lo han vaciado por dentro. La seguridad de su típico gesto de intelectual decimonónico, cuando se atiesaba con insistencia las guías de su bigote, no era tal: en realidad escondía desconfianza, indecisión y pesimismo. Félix era un mar de dudas en todos los proyectos que emprendía. Un literato adocenado al que nada le salía bien. Según su propio criterio, se sentía gafado, como si fuera una víctima azarosa de alguna maldición.

Con ese carácter, a Paula le extrañaba que Félix aún tuviera ganas de emprender un nuevo negocio. Al parecer, el empuje de los otros dos socios había sido determinante. Lo convencieron para unir sus agencias, para compartir una idea y, sobre todo, para reducir gastos. Quizás esa fue la razón por la que Paula veía a Félix más animado que de costumbre. O eso, o que el cava estaba haciendo su efecto: Félix no dejaba de hablar con unos y con otros, en especial con el empresario de moda, Darío Alcácer. Desde que Félix lo atrapó en una esquina, no lo había soltado. Debía estar muy cargado de alcohol porque jamás abría la boca, y menos ante un extraño.

En realidad, a Paula le daba igual con quién charlara Félix, lo que de verdad le molestaba era su poca consideración hacia ella. Paula no conocía a nadie. Se había preocupado de invitar a lo más selecto de la ciudad, pero jamás había hablado con ninguno de ellos; y se moría de ganas por hacerlo. Se lo había dicho a su marido antes de empezar la fiesta, pero el inútil de Félix pasaba de ella, tan sólo le había presentado a uno de sus socios, al de menor edad: Benito Senent. Paula ya llevaba una hora hablando con él y no veía el momento de dejarlo plantado para poder conocer al resto de invitados.

Benito era mucho más joven que Paula: si ella ya había rebasado los treinta y cinco, él aún no había cumplido los veintiséis. Era bajo, con la frente despejada, la nariz tan ancha como la de un congoleño y el cabello castaño ondulado como la mar rizada, pero peinado con esmero, sin ningún pelo fuera de su sitio. Era el único que llevaba corbata, al menos no desentonaba mucho con el traje de Paula, pensó ella. Benito siempre sonreía, de pura timidez, y no hacía más que hablar de su novia. También se le había desatado la lengua y Paula ya estaba harta: que si Patri por aquí, Patri por allá, que si se iban a casar, que si era la mujer más guapa y simpática del mundo, que había sido un flechazo, y todo eso. Paula no sabía a dónde mirar y a qué excusa recurrir para dejarlo plantado. Sólo se interesó por la conversación cuando Benito le dijo que era la primera persona a la que le había confesado lo de la boda inminente. A Paula le extrañó tanto secreto. El socio más joven de su marido no quería, por nada del mundo, que se supiese en la oficina lo de su prometida; todavía no. Y era porque no se fiaba del “bocazas de Pelayo” —esas fueron sus palabras—, temía que su compañero lo echara todo a perder cuando Benito ni siquiera se había atrevido a pedirle a Patri que se casara con él.

—¿Y a qué esperas? —le apremió Paula.

—Quiero tenerlo antes todo bien atado.

Los nudos que a Benito le faltaban por amarrar eran, en primer lugar, rematar

el plan de tesorería, los ingresos y los gastos, de los diez primeros años de casados. Dicho estudio contable incluía el cuidado y la educación de dos hijos, “aunque siempre pueden salir trillizos como le ocurrió a Pelayo, claro que también he estudiado la probabilidad de que eso suceda, y es mínima dados los antecedentes de Patri y los míos”, se explicó Benito al que no se le escapaba ningún detalle. También le faltaba elegir un anillo de compromiso, y buscar un hogar adecuado donde formar una familia feliz.

—Pues mira, a eso te puedo ayudar —se ofreció Paula.

—¿A comprar el anillo? —se le iluminó aún más la frente a Benito.

—No. A encontrar piso. Pero también tienes que guardarme un secreto.

Benito asintió con vehemencia: toda ayuda era poca, tan perdido se veía. El joven lo planeaba todo con minuciosidad mientras se encontraba sentado en su escritorio, pero a la hora de salir a la calle para ejecutar lo que tenía programado, se sentía totalmente superado por las circunstancias que rodeaban su “complicado” noviazgo. Por eso vio el cielo abierto con el sorprendente anuncio de Paula: la mujer de su socio estaba trabajando desde hacía unas semanas para una inmobiliaria, si bien debía hacerlo a escondidas de su marido. Félix era tan antiguo como parecía: jamás habría permitido que su esposa trabajase, y menos con público, enseñando casas.

El trabajo le surgió a Paula de improviso. Fue en primavera, justo después de la muerte de su suegra. La herencia trajo consigo la disputa entre los hijos de la difunta. Tanto Félix como sus hermanos, en total diez, fueron incapaces de ponerse de acuerdo a la hora de repartirse los bienes. Sobre todo, en lo referente a la vieja mansión de los Otero. Unos querían venderla y otros vivirla. Las cifras, las de la venta y las de la compensación monetaria para con el resto por parte de los que querían habitarla, eran el origen del conflicto. Mientras se resolvía la pelea, decidieron alquilar el chalé. Como era un caserón antiguo, pero muy bien situado en la avenida de La Palmera, junto al puente de Los Remedios, pronto le llegaron ofertas de distintas agencias inmobiliarias. NetCasa.com fue la que finalmente se encargó del arriendo y Paula la que se ofreció para hacer de intermediaria de la familia, ya que ni en eso se ponían de acuerdo sus cuñados. Así fue como conoció al gerente de la agencia.

Paula esperó dos meses antes de hablar con el director para ofrecerse como agente inmobiliario. Sus pretensiones económicas eran fáciles de admitir: trabajaría a comisión, pero el porcentaje era tan ridículo que prácticamente lo haría gratis. Paula sólo puso una condición: las viviendas que enseñaría a los clientes debían ser de lujo. El gerente de NetCasa se frotaba las manos encantado

con la propuesta; y ella también: por fin tenía un estupendo medio de conocer a toda clase de personas adineradas.

—Dame unos días —propuso Paula—. Llámame el jueves, te digo lo que tengo y concertamos una cita para ver un par de casas.

—¡Estupendo! —exclamó Benito—. ¿A qué hora...?

—Shhh —le interrumpió ella—. ¡Calla, que viene mi marido!

Benito se volvió asustado y vio, en efecto, cómo Félix se acercaba a la pareja con gesto serio. Sin mirar a Benito, agarró con fuerza del brazo a Paula, como si la estuviera retirando del borde de un abismo, y se la llevó al otro extremo de la sala.

—¡Nos vamos! —ordenó Félix con voz ronca.

Mucho antes de que llegaran los invitados, ya le había advertido del ridículo que iba a hacer embutida en ese traje de noche. Que no celebrábamos una boda, sino la inauguración de la empresa; un cóctel de tarde, no una cena de gala. Pero no me hizo caso, me lanzó como siempre esa mirada de tuquesabrás y se volvió engolada hacia el responsable del catering para darle las últimas consignas. La dejé hacer. Vi cómo disfrutaba mientras impartía órdenes a unos y otros, daba el visto bueno a los canapés, organizaba las bebidas y supervisaba la colocación de las mesas y las sillas. La verdad es que estaba deslumbrante con el vestido rojo, la melena oscura, y la sonrisa de anuncio que cerraba aún más sus ojos achinados. Los pómulos sobresalían tanto del rostro como sus pechos apuraban el ceñido vestido. La veía echada hacia adelante cada vez que se acercaba a saludar a alguien, como si quisiera adelantarse a sus propios pasos. Le encantaba esa forma de caminar que a mí me ponía de los nervios: con los hombros hacia atrás para resaltar el busto de forma provocativa, como si alguien le estuviera clavando la rodilla en la espalda.

No, no me hacía ninguna gracia contemplar cómo Paula se insinuaba al personal con su voz grave de película de serie B. No quería estar presente cuando eso sucediera —ya lo había presenciado en bastantes ocasiones y siempre habíamos terminado discutiendo— así que le presenté al primero que apareció en la sala, a mi socio Benito Senent, y me aparté de ella lo más lejos que pude.

Refugiado en el champán, ese día me propuse abstraerme de los flirteos de mi mujer para dedicarme a pensar en lo que se avecinaba. Quería regodearme con la visión lisonjera de mi futuro. Realmente estaba ilusionado con la nueva empresa. Si todo se desarrollaba tal como había previsto, podría dedicarme a tiempo

completo a la parte de mi oficio con la que de verdad disfrutaba: la evaluación de libros, la selección de novelas.

Y eso que antes, mucho antes de entrar en la universidad para hacer Filología, mi intención era muy diferente: siempre había soñado con ser escritor; no un escritor cualquiera, sino uno de fama, de los cuatro o cinco que de verdad viven de la escritura, los que tienen aseguradas millones de copias tan sólo por aparecer su nombre en la portada de la novela. Cuando acabé la carrera, me pasé dos años sin salir apenas de casa, encerrado, escribiendo la que esperaba fuera una obra magna de la literatura universal. Sólo después de mandarla a cincuenta editoriales y una veintena de agencias, y de que ninguna de ellas se dignara a contestarme, salvo el consabido “su obra no encaja en nuestra línea editorial”, me di cuenta de que mi vocación real no estaba a este lado de la batalla literaria, donde luchan los escritores fracasados. Mi lugar se encontraba enfrente, en el bando de los vencedores, el de los agentes y los editores, los que deciden sobre el bien y el mal. En mis sueños, me veía feliz en el despacho, con un rimerero de manuscritos en la mesa esperando ser leídos, aguardando su turno para ser evaluados. Disfrutaba mientras pensaba en mi pequeño reinado donde haría y desharía a mi antojo. Me encantaba fantasear que ejercía de señor de las letras, como el Dios que decide en el día del juicio final por quién vale la pena luchar, quién se situará en el montón de la derecha, el de los elegidos, y qué novela o ensayo no pasará el filtro y permanecerá desechado en la pila de la izquierda para, finalmente, ser arrojado sin piedad a la papelera, al infierno de los libros.

A partir del día que comprendí que mi carrera como escritor había terminado antes de empezar, encaucé todo mi empeño y energía hacia un único objetivo: ser el dueño de una editorial. Lo primero que hice fue cambiar las cartas de presentación de mi obra fallida a las editoriales por solicitudes de empleo. Al cabo de unos meses, y gracias a mi condición de filólogo, conseguí que me admitieran en un par de empresas como corrector de textos. Así estuve casi un lustro hasta que una de las compañías me ofreció un puesto en su sección de publicaciones. Aquel fue mi mayor logro, pero no quise malgastar el tiempo esperando subir de categoría dentro de la firma y a los pocos meses decidí fundar mi propia editorial: Ediciones Otero. Fue otro error porque después de dos años trabajando como un negro no tuve más remedio que cerrar el negocio. Volví con el rabo entre las piernas a mi anterior empresa, pero esta vez sin contrato fijo, como corrector de textos free lance. Resignado por la mala experiencia, opté por conservar el trabajo y con los pocos ahorros acumulados monté en paralelo una agencia literaria. Fueron los peores años, siempre con la misma sensación de

fracaso, con una agencia que no daba apenas ingresos y harto de mi labor de corrector de novelas.

Todo cambió el verano pasado, cuando acudí a la reunión anual de la asociación de agencias literarias de Andalucía. Allí conocí a Pelayo Macías y a Benito Senent. Ambos eran dueños de sendas agencias literarias, también con evidentes problemas financieros. Pelayo había gastado todos los ahorros de su mujer en la empresa y estaba hasta arriba de deudas; Benito tenía menos apuros económicos, pues acababa de heredar la empresa de su padre, un conocido agente de Barcelona que al final de sus días había decidido venirse a vivir al sur. Benito era licenciado, acababa de terminar la carrera de Economía, pero se encontraba perdido, no sabía cómo llevar adelante una agencia literaria. Pelayo era todo lo contrario: no tenía estudios superiores, pero conocía el negocio, se movía muy bien por el mundillo cultural gracias a su labia. Un don de gentes que, sin embargo, no fue suficiente para eludir la crisis. Pelayo y Benito se conocían de antes; en realidad, Pelayo era muy amigo de Jordi Senent, el padre de Benito.

Creo que fue Pelayo al que se le ocurrió la idea de unir las tres empresas en una sola. Cuando acabaron las jornadas de la asociación, salimos convencidos de que la concentración era lo mejor que podíamos hacer si queríamos seguir trabajando en el sector. Reduciríamos gastos y las carencias de cada uno serían suplidas por los otros dos. Así, yo me encargaría de la parte literaria, Pelayo del marketing y Benito de la administración. Todo encajaba a la perfección. Nada nos impedía crear una sociedad limitada de tal forma que cada socio sería dueño de un treinta y tres por cien del negocio. Mientras Benito hacía números y Pelayo se movía entre las editoriales para darnos a conocer, yo hablaba con los autores y alquilaba un local en el centro. Una vez resueltas todas las cuestiones administrativas —entre ellas la del nombre: yo había propuesto “Agencia OMS”, de Otero, Macías y Senent, con mi apellido delante ya que era el mayor de los tres, pero Pelayo opinó que había riesgo de que se confundiera la compañía con algo relacionado con la salud, así que cambiamos el orden de los apellidos—, ya sólo nos quedaba fijar la fecha de la inauguración: el sábado veinticinco de octubre comenzaría la andadura de la Agencia Literaria MOS.

Pelayo insistió en que debíamos dar una copa para celebrarlo, Benito estableció un presupuesto para ello y Paula, en cuanto se enteró, le faltó tiempo para ofrecerse como organizadora del evento.

Como no soy nada dado a este tipo de reuniones de sociedad, me pasé casi toda la fiesta aparcado en batería en la mesa de la secretaria. Sentado en una silla

y acodado en un rincón del escritorio que Paula y su legión de camareros habían convertido en improvisada barra de bar. Era el sitio ideal: rodeado de copas y botellas, con el champán que tanto nos había costado al alcance de la mano, y a la suficiente distancia de Paula como para no tener que oír sus ridículos coqueteos. Quería estar aislado para disfrutar del momento, ¿sería este el golpe definitivo de suerte que estaba esperando?

No sé cuánto tiempo estuve solo en aquella suerte de blocao pertrechado de alcohol, pero después de varias copas de vino espumoso me sorprendí hablando con uno de los invitados que seguramente se había acercado a las bebidas con la misma intención que yo. Se presentó como Darío Alcácer. Yo no tenía ni idea de quién era, pero debía ser alguien importante porque Paula, que estaba al día de los cotilleos, confeccionó una lista de invitados que parecía extraída del sumario de las revistas del corazón, del registro de la Cámara de Comercio y del índice del BOJA. Empresarios, altos funcionarios, gente de la farándula, todos ellos mezclados con autores, editores, amigos y familiares. Esos eran los destinatarios de las tarjetas que, ilusa ella, había enviado personalmente mi mujer. Como era de suponer, la mayoría de aquellas celebridades no se presentó, pero sí que alguno se dejó caer, supongo que por curiosidad, por equivocación o por creerse que era un acto social de importancia al que debía asistir. Así, pudimos contar con la presencia de, por ejemplo, Pedro Yáñez, el comisario jefe de la Junta de Andalucía, o familias tan distinguidas como los Berrocal o los D'Annuncio; o empresarios de la talla de Darío Alcácer.

Soy de la opinión de que toda tragedia viene precedida de una concatenación de sucesos desafortunados, pues bien, conocer a Darío Alcácer fue uno de esos incidentes, acaso el más importante, que entrelazados unos con otros nos han llevado a la dramática situación que ahora vivimos. Cuando Alcácer se acercó a por una copa, yo ya le aventajaba en tres o cuatro. Recuerdo la inmediata atracción que sentí ante aquel hombre de cuidada perilla y cabello entrecano. Su rostro, sin apenas marcas del paso del tiempo, como si tuviera un arreglo con el diablo (luego supe que era mayor que yo, que me llevaba casi diez años de edad), inspiraba confianza y, a la vez, inquietud. Me viene a la memoria la mezcla de sensaciones que noté, entre lo incomodo de estar siendo analizado por alguien que te mira de hito en hito, y la calidez de encontrarme en un refugio, protegido por el hombre más seguro de sí mismo que nunca haya conocido.

Estuvimos hablando cerca de media hora.

Casi al final de la charla, al tiempo que Alcácer me ofrecía la tarjeta de su abogado, me fijé que Paula seguía platicando con el joven Senent. Los observé

por encima del hombro, mientras Alcácer se despedía. Parecían muy emocionados con la conversación, en especial Benito, algo que me extrañó dado lo apocado de su carácter. Paula le sacaba una cabeza a mi socio: a la baja estatura de Benito había que añadir el hecho de que mi mujer iba montada en un par de zapatos con altos tacones de aguja. Esa diferencia de altura, situaba en el mismo plano horizontal los ojos de Benito y los pechos de Paula. Me tomé otra copa. Cada sorbo de champán que bebía, producía el extraño efecto en el escote de mi mujer de abrirse un poco más. También la distancia entre ellos daba la impresión de que disminuía. Con la copa agonizando, ellos estaban ya a punto de tocarse. Sus cuerpos se rozaban, o eso me parecía a mí desde la distancia, como si fueran a bailar agarrados. Pero ni había música en la sala, ni la inauguración de la empresa era un baile. Me fui hacia ellos.

Al llegar a su altura, noté cómo cambiaban de tema de conversación con evidente torpeza y cómo se separaban. Estaba claro que lo que fuera que estuvieran hablando no era apto para mis oídos. Agarré con fuerza el antebrazo de Paula, haciéndole notar mi enfado —por culpa de su afición al flirteo, siempre acabábamos igual en todas las fiestas y cenas—, y la empujé, sorteando mesas e invitados, hasta la salida.

Allí se encontraba mi otro compañero, Pelayo Macías. Habíamos decidido que, dado que Pelayo era el único que conocía a la mayoría de los invitados, se situaría a la entrada para recibirlos a medida que llegaran al cóctel. Al ver que nos aproximábamos, se adelantó unos pasos hacia nosotros con la intención de saludar a mi mujer. Yo seguía sujetándola con firmeza, pero ella logró soltarse apartando el brazo de forma violenta. A continuación, como si se hubiese quitado una máscara en un baile de disfraces, cambió su mueca de enfado y dolor por una sonrisa marca de la casa. Entonces, como si nada hubiera ocurrido, como si formáramos parte de los invitados que acababan de llegar, me preguntó en voz alta con su tono a lo Lizabeth Scott:

—¿Por qué no me presentas a tu socio?

Hoyo dieciséis

El ramo de flores que Paula recibió el domingo era del mismo color que el traje de la noche anterior. No tenía tarjeta, pero ella sabía perfectamente de quién era. Félix le preguntó por el remitente.

—Ni idea, no ha dejado ninguna nota —contestó Paula con desdén—. Debe ser alguien que se siente agradecido por la fiesta de ayer y que se le ha olvidado adjuntar la tarjeta. O eso, o que se han despistado en la floristería.

Félix no pareció muy convencido con la explicación de Paula, pero no insistió más, se atusó el bigote con dos dedos y siguió arrellanado en el sillón del salón mientras leía el dominical.

Paula tuvo que esperar al miércoles para confirmar sus sospechas. Al mediodía recibió una llamada telefónica.

—Sabía que eras tú, pero has sido muy imprudente —le regañó Paula, que en ese momento se encontraba sola en su domicilio.

—¡Bah! Cualquiera ha podido mandarte un ramo de flores. Al fin y al cabo, eras la anfitriona de la recepción —contestó Pelayo.

—Ya, pero me has obligado a mentir.

—Pues acostúmbrate a mentir porque no puedo esperar más. Necesito verte.

—Yo también me muero de ganas por estar contigo, pero hay que ser cuidadosos.

—Lo que tú quieras, pero ¿cuándo nos vemos?

Paula ríe nerviosa al tiempo que se apoyaba con una mano en la isla rectangular de la cocina y con la otra sujetaba el teléfono inalámbrico. Desde que terminó el cóctel del sábado no pensaba en otra cosa que en volver a ver a Pelayo.

Lo conoció in extremis cuando Félix la arrastraba a la salida visiblemente enfadado, como siempre. Pelayo se les acercó y le plantó dos besos a Paula después de que Félix no tuviera más remedio que presentársela. Pronto su marido les dejó solos y pudieron conversar el resto de la velada.

Pelayo fue muy atento con Paula, gracias a él no tardó en conocer a todo el mundo. La mayoría saludaban a Pelayo efusivamente. Era el rey de la fiesta y Paula estaba encantada a su lado. Estuvieron bromeando como si se conocieran de toda la vida.

Pelayo era la antítesis de Félix: alegre, optimista y simpático. Muy abierto y tremendamente atractivo. Alto, elegante y con el pelo oscuro. Con dos mechassimétricas de color ceniza que presidían la frente, y que, gracias al peinado con la raya en medio, se asemejaban a la ola que forman la proa de los barcos.

Pelayo había ido solo a la celebración. Le dijo a Paula que su mujer apenas salía de casa, con el cuidado de los trillizos era imposible dar un paso fuera de su domicilio. Lo del parto múltiple fue una sorpresa, comentó Pelayo, sobre todo después de varios años intentando tener hijos. Paula le contestó algo sabido: que tras un tratamiento de fertilidad eran normales las “sorpresas”.

La conversación transcurrió también por otros derroteros y fue siempre fluida y agradable. El alcohol ayudó a que surgieran las risas y las bromas. Cuando la fiesta acabó, Paula sintió deseos de seguir con aquel hombre, de pasar toda la noche con él. Cuando llegó a su casa y se acostó, se durmió pensando si a Pelayo le habría pasado lo mismo que a ella. Ahora, después de recibir el ramo de flores y la llamada telefónica, sabía que sí, que Pelayo sentía lo mismo.

Ambos eran incapaces de disimular su atracción mutua y quedaron en verse ese mismo viernes. Paula haría un hueco en su agenda y Pelayo se escaparía antes de tiempo de la oficina. Se verían en uno de los chalés que Paula debía enseñar a unos clientes. Cuando éstos se fueran, podrían quedarse solos en la vivienda. Estaban ultimando los detalles, concretando las horas, cuando oyó que Félix entraba en el domicilio. Paula colgó justo en el momento en el que su marido accedía a la cocina, pero no pudo impedir que Félix la viera dejando el teléfono en su cargador.

—¿Quién era? —preguntó Félix.

—Nadie, se han equivocado —mintió Paula.

El miércoles transcurrió sin ninguna novedad más. El jueves se le hizo larguísimo a Paula, que contaba las horas que faltaban para que llegara el viernes. Por la mañana del jueves recibió otra llamada desde la agencia literaria. Descolgó el teléfono con ansia creyendo que era Pelayo, pero pronto comprobó que el que se encontraba al otro lado de la línea era Benito. Recordó que había quedado en que la llamaría para ver lo de las casas. Se le había olvidado por completo así que le dio largas, le dijo que seguramente para la semana entrante tendría algo interesante que enseñarle, que ya se pondría en contacto con él. Colgó enseguida, no le agradaba la conversación de aquel personajillo tan diferente a Pelayo. Al cabo de unos segundos volvieron a llamar.

—¿Diga? —contestó Paula.

Se notaba la respiración del interlocutor, pero no dijo ni una palabra, lo que

hizo fue colgar al momento. Paula no le dio más importancia: esta vez sí que debían haberse equivocado.

Por fin llegó el viernes. Todo salió a pedir de boca. Paula tenía que enseñar un chalé en Mairena, al lado del campo de golf. Una casa de dos plantas con jardín y piscina, rematada en un extremo con una especie de torre circular, y con una terraza en el piso superior que ocupaba la mitad de la superficie. Los tres dormitorios de esa planta daban a la enorme azotea, que, en realidad, era un solárium con vistas al hoyo dieciséis. Un terrado con balaustres de cerámica parecidos a los de la Plaza de España desde donde se veía el green rodeado por un lago semicircular y una arboleda de pinos.

Paula despachó la visita tan rápido como pudo. Al recibir a los clientes, vio que Pelayo la esperaba enfrente, dentro del coche. El rato que estuvo enseñando la casa sólo pensaba en la persona que aguardaba fuera. Lo volvió a ver mientras mostraba la terraza a la pareja visitante. Estaba excitada y no atendía a las preguntas de los posibles compradores. En vez de eso, les enseñó el camino de salida. No podía aguantar más, ardía de deseo.

—Tendrán que disculparme, pero tengo más gente esperando ver la casa —se excusó Paula mientras señalaba a Pelayo, que ya se había bajado del coche.

Los clientes se fueron a regañadientes.

Paula le enseñó el chalé a Pelayo: hicieron el amor en cada uno de los dormitorios.

Casi me había olvidado de lo sucedido en la inauguración de la empresa cuando vimos llegar ese ramo de flores sin tarjeta. Me dolía la cabeza, tenía una resaca acorde con la cantidad de copas de cava que ingerí y lo último que quería era volver a discutir de nuevo con Paula. Su actuación del sábado con Benito, que sin duda era el remitente de las rosas, fue absurda y grotesca. Un coqueteo público tan fuera de lugar como su vestido. No se daba cuenta de lo irrisorio de la situación. De que a ojos de todo el mundo estaba haciendo el ridículo con alguien diez años más joven que ella, como si Paula fuera una corruptora de menores y Benito un pobre imberbe a merced de la vampiresa de turno.

En realidad, mi socio me daba pena; y mi mujer también. Pero eso no era óbice para que me quedase cruzado de brazos. Así que opté por poner fin a tan desagradable escena y salir de allí antes de que la estupidez de mi mujer se tornara en un escándalo. Lo que sucedió a continuación es algo que tengo en una nebulosa. Sólo sé que Pelayo me convenció para que me quedara un poco

más: se hizo cargo de mi mujer y yo volví al rincón del champán. El cómo volvimos después a casa es otra incógnita. Supongo que condujo Paula porque yo no estaba en condiciones.

Con el convencimiento de que la tentativa de aventura entre Paula y Benito se había quedado en eso, en un escarceo, algo que por otro lado era muy normal en casi todas las fiestas a las que asistíamos, y que lo de las rosas sólo era el punto y final de aquel sinsentido, di por terminado el asunto y me dediqué a lo verdaderamente importante: a hacer despegar nuestra empresa.

En eso estaba cuando el miércoles, al volver a casa, sorprendí a Paula conversando con alguien por teléfono. Aunque me aseguró que se habían equivocado, no me pareció que hablara con un desconocido, claro que ella siempre se toma confianzas con todo el mundo, así que realmente no me extrañó demasiado. De todas formas, cuando me quedé solo en el salón, mientras ella seguía en la cocina preparando el almuerzo, comprobé en el teléfono inalámbrico el número de la última llamada. Los dígitos eran sobradamente conocidos: eran los de la oficina. Alguien diferente a mí la había llamado desde el trabajo. Entonces recordé que al salir del despacho vi cómo Pelayo también recogía los bártulos para irse a casa mientras Benito seguía trabajando. Dijo que se quedaba un poco más, que necesitaba terminar no sé qué de los gastos de explotación. “Eso y hacer una llamada”, pensé sentado en el sofá de mi salón.

Paula me había mentido descaradamente. Comencé a dudar de si la aventura iniciada en la fiesta de inauguración había desembocado en algo más serio. ¿Debía preocuparme por una relación que a todas luces parecía absurda? ¿Seguía Paula con Benito?

Al día siguiente mis temores se vieron fundados.

Me encontraba en mi despacho leyendo un manuscrito, el primero de la pila de libros que esperaban ser evaluados, cuando sonó el teléfono. Era Jaime, mi hermano mayor. Quería hablar conmigo acerca del inquilino que ocupaba la vivienda de mi madre, la que alquilamos a la espera de ver qué hacíamos con ella, si la vendíamos o se la quedaba uno de los herederos. El sujeto llevaba dos meses de atraso en los pagos del alquiler y Jaime ya se estaba mosqueando. Entonces recordé que en mi cartera guardaba la tarjeta del abogado de Alcácer. Sentía que me quemaba el bolsillo cuando pensé en la conversación que tuve con el empresario, pero no le dije nada a mi hermano, quería pensar detenidamente en ello antes de actuar. Lo que si abordamos Jaime y yo fue el tema de la herencia: debíamos reunirnos con urgencia todos los hermanos y decidir de una vez por todas qué hacíamos con la casa. Además, podíamos matar dos pájaros de

un tiro porque el inquilino había hecho una buena oferta por el chalé: quería comprarlo y seguramente nos estaba presionando con el impago del arriendo para que atendiéramos su petición.

En eso quedamos, en convocar una reunión urgente de toda la familia, cuando vi que en el aparato telefónico se encendía la luz ámbar. Era un avisador que indicaba que alguien de la oficina se encontraba hablando con el exterior por la otra línea fija. Me despedí de mi hermano y colgué. El indicador seguía encendido. No sé por qué me dio por abrir la puerta del despacho para ver quién estaba al teléfono.

Era Benito el que conversaba con el aparato pegado a la oreja y en voz muy baja.

Cerré la puerta y me dije que mi mente calenturienta me estaba jugando una mala pasada. Volví al manuscrito y seguí con la lectura de una novela histórica que me estaba aburriendo bastante. A punto de desecharla al montón de la izquierda, el paso previo a la papelería, vi cómo la luz ámbar se apagó. No lo pude resistir: descolgué el auricular y accioné el botón que me daba paso a esa línea alternativa, la que unos segundos antes había utilizado Benito. Pulsé rellamada.

Contestó mi mujer.

Solté el teléfono como si estuviera al rojo vivo.

Asientos de platea

El puente de Todos los Santos no pudo ser más aburrido para Paula. Encerrados el viernes por la tarde en su vivienda del Porvenir, Félix y Paula casi no se dirigieron la palabra. Paula se dedicó a ojear revistas del corazón o a ver la televisión, pero no era capaz de concentrarse en nada: no paraba de pensar en lo sucedido horas antes en Mairena. Recordó segundo a segundo su encuentro con Pelayo. Lo echaba de menos. ¡Qué distinto era a su marido! Miraba de reojo a Félix y lo comparaba con su amante. No había color. No se explicaba qué había visto en Félix para casarse con él. Lo observaba sentado en el sofá con sus ridículas chinelas, tapado como un anciano con una frazada heredada de su madre —que a Paula le olía a muerto—, insistiendo una y otra vez en domesticar su bigote hirsuto mientras leía uno de aquellos manuscritos que ella tanto odiaba.

El sábado salieron a mediodía. Fueron a comer con Jaime y su mujer, el único de los hermanos de Félix que también vivía en Sevilla. Paula no aguantaba a Jaime. Era una persona abotagada por alguna enfermedad inconfesable que tenía la mala costumbre de mirar hacia otro lado cuando conversaba con alguien. En realidad, Paula no soportaba a ninguno de sus cuñados, ni a los cónyuges de éstos. Casi siempre encontraba alguna razón para no tener que asistir a las reuniones de los Otero, pero el sábado no encontró ninguna excusa. La conversación durante el almuerzo transcurrió por la senda del mismo tema de siempre: la herencia. Los hermanos habían acordado en verse la semana siguiente para decidir qué hacer con la vivienda de la madre. Jaime ya se había encargado de avisar al resto de la familia, a los que vivían fuera. Lo previsto era organizar una cena en algún restaurante del centro. Al acabar, celebrarían una junta que debía ser definitiva. Todos se comprometieron en no salir de allí sin tomar una decisión. Paula metió baza para protestar, para proponer que los maridos o mujeres de los herederos no pintaban nada en la reunión posterior. Jaime y Félix le dieron la razón y Paula respiró tranquila: no soportaba ver cómo se peleaban aquellos mezquinos, como si fueran hienas disputándose los despojos.

El domingo, Félix se mostró sorprendentemente amable con ella. Habló más

que de costumbre y la invitó a cenar en un restaurante de moda. Parecía querer hacer las paces después del enfado del día de la inauguración. Paula ya estaba acostumbrada a esos arrebatos de cariño, así que no le extrañó del todo. Lo que sí le sorprendió fue el detalle de Félix de haber sacado dos entradas para “Tosca” que se estrenaba el martes. Raramente tenía un gesto con ella y aquello fue algo totalmente inesperado. Su marido sabía lo que le gustaba a Paula el ambiente de la ópera, el codearse con el público que acudía a los estrenos del Maestranza. Parecía que iba en serio lo de la reconciliación; si bien, para Paula, llegó en mal momento: no dejaba de pensar en Pelayo.

Con Pelayo se sentía diferente. Cuando estaba a su lado, notaba cómo surgía de su interior la verdadera Paula, la mujer segura de sí misma, la que siempre había querido ser. Pelayo le daba sentido a su vida. Su conversación era agradable y siempre quería complacerla. Conocía a todo el mundo en Sevilla y era muy atractivo. Lo tenía todo, justo lo que a Félix le faltaba.

Es verdad que Félix la había sorprendido gratamente con aquel detalle, pero cuando Paula vio a Pelayo al día siguiente, el lunes, ya se le había olvidado el gesto de su marido. Volvió a quedar con Pelayo en el chalé de Mairena, que aún seguía en venta, pero esta vez no tuvieron que esperar a que Paula enseñara la vivienda a ningún cliente: todo el tiempo fue para ellos.

Pasaron parte de la mañana en el dormitorio principal. A Paula le gustaba lo que se divisaba por encima del antepecho de la terraza y que podía verse desde esa habitación: las pequeñas colinas verdes de la calle del hoyo dieciséis; ondulantes como las curvas que formaban los cuerpos de Paula y Pelayo mientras hacían el amor.

Pelayo además de buen amante era también un hombre muy atento. De su boca no dejaban de salir palabras que halagaban a Paula. La mimaba y siempre traía algún obsequio para ella. Ese día le regaló un anillo que le sentaba de maravilla. Pelayo le ocultó que lo había comprado de saldo en una tienda de los Remedios que estaba de liquidación.

Gracias a su socio, Benito Senent, Pelayo había descubierto que los propietarios de “Joyerías Lázaro” estaban deshaciéndose de toda la mercancía y traspasaban el local por defunción. Benito había comprado allí su anillo de compromiso. Fue la noticia del fin de semana. Ambos compañeros de trabajo se encontraron de casualidad el sábado en el centro. Benito iba muy bien acompañado y no tuvo más remedio que presentarle a Patri como su prometida. Tomaron unas cervezas juntos y en la conversación salió el tema de la joyería. Una noticia estupenda para un ligón inveterado como Pelayo, que gastaba una

fortuna en regalos para sus amantes.

El martes por la noche, Paula volvió a ver a Pelayo. Lo vio de lejos: Félix y Paula ocupaban dos asientos de platea en el Teatro de la Maestranza, mientras Pelayo se sentaba en el patio de butacas. Los amantes intercambiaron miradas antes de comenzar la ópera y al finalizar. Paula disfrutó de la música de Puccini y del ambiente, sin embargo, a Félix se le veía especialmente disgustado. Nunca le había interesado la música clásica y menos la ópera, se aburría y a veces hasta se dormía, pero esa noche además lo veía irritado; apenas abrió la boca. Una actitud displicente que en absoluto le resultó extraña a Paula. Así era su marido: un día se mostraba amable y al día siguiente no había quién lo aguantase: siempre con sus dudas, sus problemas personales y su mal humor.

A pesar de que estaba seguro de que Paula y Benito se llamaban por teléfono con asiduidad, no les dije nada, ni a mi socio ni a ella. Estuve todo el viernes recapacitando sobre el tema. Tenía que pensar en las consecuencias de sacar a la luz un asunto que podía perjudicar, no sólo a mi maltrecho matrimonio, sino a la empresa, justo cuando ésta comenzaba a despuntar. La lucha entre el malestar interno que sentía y la supervivencia del proyecto en el que había depositado todas mis esperanzas, se decantaba por este último.

Me convencí de que la historia entre mi mujer y mi socio era algo pasajero, un divertimento de Paula que no duraría ni una semana. Una pequeña aventura que comenzó en la fiesta de inauguración y que luego continuó con unas rosas y un par de llamadas telefónicas. Algo sin importancia, que si bien podía hacer daño al inexperto de Benito —al que yo no culpaba de nada—, al final acabaría diluyéndose por sí solo. Una tontería que no debía poner en peligro la agencia literaria, el cambio decisivo que necesitaba mi vida.

Además, yo también podía hacer algo para evitar que aquello fuera a mayores. Sabía cómo agradar a mi mujer. La conocía bien. El sábado levanté el bloqueo de silencio al que la había sometido durante todo el día anterior y la llevé a comer fuera. Almorzamos con Jaime y su mujer y después dimos un largo paseo. La dejé en casa y fui al teatro a comprar dos entradas para el estreno de la ópera. El domingo, mientras cenábamos en un restaurante nuevo con ambiente romántico —velas, champán y música en directo— le mostré las entradas. Se le iluminó la cara. Una amplia sonrisa hizo que los pómulos, como si fueran dos pelotas de ping-pong encendidas, casi se le salieran del rostro. Ya la tenía otra vez bajo mi influencia. Paula era como una niña pequeña, muy fácil de contentar. Caprichosa y voluble. Estaba seguro de que al ver los tickets ya se había

olvidado del pobre de Benito. Era tan materialista y superficial como atractiva. No soportaba sus coqueteos, pero seguía siendo una mujer deseable. Todavía me gustaba, casi tanto como cuando la conocí en aquel bar.

Pasado el fin de semana, di por resuelto el tema de Paula y Benito: durante el puente no la había dejado sola ni un instante. Sé positivamente que no habló con nadie por teléfono ni salió con nadie que no fuera conmigo. Tal como imaginaba, aquel affaire no pasó de un absurdo flirteo. Me felicité por mi inteligente comportamiento, por haber aguantado estoicamente la situación y haberla resuelto de la mejor forma posible. Todo volvió a la normalidad en mi matrimonio y el trabajo iba sobre ruedas: Benito se dedicaba a la contabilidad, Pelayo a las relaciones públicas, casi siempre fuera de la oficina, y yo a mis libros.

Así de tranquilo transcurrió el lunes.

El martes por la tarde nos vestimos para la ópera. Paula estaba radiante y feliz por dejarse ver en el teatro con su último vestido. Yo me probé mi traje de chaqueta y mi camisa blanca con doble puño. Aún me quedaba bien, pero no encontraba los gemelos. Le pregunté a Paula si los había visto, pero no me oyó: estaba en el cuarto de baño con la radio encendida a todo volumen. Busqué por todos lados y al final los encontré en la cómoda de nuestro dormitorio, en el primer cajón donde Paula solía guardar sus joyas. No sé qué hacían allí mis gemelos, pero estaban justo al lado de un estuche cuadrado marrón que no me sonaba. Era una caja petaca envuelta en papel de regalo medio abierto, rasgado por un lado. La abrí y dentro había un anillo. En el envoltorio se podía leer: “Joyería Lázaro”.

El Naufragio

Paula acudió a la inmobiliaria el miércoles al mediodía aún solazada después de un rápido encuentro con Pelayo esa misma mañana. Mientras ocupaba su despacho, pensaba en cómo les sonreía la suerte a ambos cuando prácticamente todos los días podían hacer un hueco para verse sin despertar sospechas en nadie. En el que menos, en Félix, al que lo imaginaban sumergido en sus lecturas. Encerrado como un cartujo medieval entre manuscritos, en el despacho de la agencia.

Ninguno de los dos amantes tenía que rendir cuentas a terceros. Podían concertar citas sobre la marcha, verse donde quisieran sin levantar sospechas. El trabajo de Pelayo no tenía horario. Era de calle, de hablar con unos y otros, de promocionar los libros que representaba la agencia y de entrevistarse con editoriales y autores. El de Paula era igual. A los ojos de Félix, seguía con su labor de ama de casa; mientras que para la compañía inmobiliaria era totalmente autónoma dado su trabajo a comisión. Iba y venía a su antojo. De vez en cuando se dejaba ver por la empresa para comprobar si había material nuevo que enseñar al público. Hacía un par de llamadas y organizaba los encuentros con los clientes para los días siguientes. Si Félix la llamaba al móvil, ella contestaba que estaba fuera de casa haciendo la compra o viendo escaparates o cualquier cosa que se le viniera a la cabeza, tuviera sentido o no. Félix no insistía nunca porque sabía que podía salir trasquilado con alguna contestación fuera de tono; y es que la relación de pareja se encontraba en ese estadio donde era mejor no provocar discusiones. Una muy clara surgiría si Paula le contaba que trabajaba en una inmobiliaria, así que, de momento, le ocultaba a Félix lo de su empleo.

Al llegar a la empresa esa mañana, una compañera le entregó la nueva relación de viviendas para alquilar. Cuando Paula leyó las características de un adosado en una urbanización de Tomares, recordó que era precisamente lo que quería Benito: jardín trasero, tres dormitorios, dos baños... Le debía una llamada al joven. Le pesaba como una losa el compromiso que había adquirido con el socio de Félix y quiso sacárselo de encima cuanto antes: le enseñaría el pequeño chalé y, tanto si le interesaba como si no, después de la cita daría por cumplido el favor.

Paula llamó a la agencia literaria de su marido, pero Benito había salido. Marcó el número del móvil un par de veces, pero tampoco obtuvo resultado. Finalmente, decidió dejarle un escueto mensaje: “Llámame”. Un minuto más tarde Benito se puso en contacto con ella. Paula casi no podía escucharlo: por alguna razón el tono de voz del joven era más bajo del que ya tenía habitualmente.

Quedaron en verse al día siguiente alrededor de la una del mediodía en Tomares, en la puerta del adosado.

Había oído hablar de la joyería “Lázaro”, yo sabía que se ubicaba en los Remedios. Fue muy sonado el robo que allí se perpetró y la muerte de los dependientes, entre ellos el dueño. Lo que no entendía era cómo Paula tenía un anillo de ese comercio envuelto en papel de regalo. Si se lo había comprado ella, ¿por qué presentarlo de esa forma? Y si se lo había regalado alguien ¿por qué me lo había ocultado?

En el teatro, me pasé las tres horas que duró la ópera dándole vueltas al tema. La conclusión era obvia, pero me resistía a admitirla: Paula y Benito seguían con su aventura. Esa noche no dormí. Al día siguiente, ya en la oficina, era incapaz de concentrarme en mi trabajo. La imagen de Paula y Benito, juntos, casi pegados, el día de la inauguración de la empresa, volvía una y otra vez a mi mente. Los veía conspirando, concertando citas, riéndose de mí, disimulando cuando me acerqué a ellos.

Intenté sobreponerme. Cogí uno de los manuscritos del montón y me dispuse a leerlo. Se titulaba “Las apariencias engañan”. No llegué a abrirlo. El título me dio que pensar: ¿Y si todo eran imaginaciones mías? ¿Estaría haciendo una montaña de un grano de arena? ¿Qué pruebas tenía de que mi mujer me estaba engañando con mi socio? ¿Un regalo que ni siquiera sabía si lo había adquirido ella misma? Necesitaba algo más fiable. Más que nada para dejar de martirizarme con las dudas. Era mejor saber la verdad que estar debatiéndome entre suposiciones.

Decidí ir a la joyería.

En la oficina dije que tenía una entrevista con uno de los autores. Conduje con nerviosismo hasta el barrio de los Remedios. Aparqué enfrente de la joyería. La tienda anunciaba grandes descuentos debido a liquidación por defunción, sin embargo, estaba vacía. En el mostrador aguardaba una mujer de mediana edad, gibosa y con cara de malas pulgas. Fui directo al grano:

—Me gustaría ver los anillos —respondí al frío ofrecimiento de la

dependienta que me preguntaba si podía ayudarme en algo.

—La verdad es que me quedan pocos, últimamente se están vendiendo mucho —dijo la joyera mientras extraía del muestrario un par de sortijas. Me las enseñó. Una de ellas era exactamente igual a la de Paula. La cogí para verla más de cerca.

—Vengo de parte de un compañero —mentí—. No sé si se acordará de él: es algo bajo, con el pelo rizado, hace poco compró un anillo muy parecido a este.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Bastante joven ¿no? Estuvo aquí la semana pasada.

Pregunté cuánto costaba el anillo y le dije que me enseñara un par de collares mientras la seguía interrogando acerca de Benito, si recordaba si lo acompañaba alguien o si venía solo, si entró en la tienda por la mañana o lo hizo por la tarde, si fue un día laborable o durante el fin de semana... Llegó un momento en que la empleada —o quizás era la dueña, la viuda del joyero finado— debió verme la intención de no comprar nada porque de repente se volvió adusta y desmemoriada y no quiso decirme nada más.

A pesar de todo, salí de la joyería casi convencido de que mi socio había comprado allí el regalo. ¿A qué coño estaban jugando? Sabía lo materialista que era Paula, lo que le gustaban los regalos. Seguro que había embaucado al inocente de Benito para inundarla de obsequios. Primero fueron las flores, después el anillo, ¿qué sería lo próximo?

Lo único que me impedía salir hacia mi domicilio y enfrentarme a mi esposa eran las dudas acerca de la entrevista que acababa de tener: la dependienta sólo parecía segura en sus respuestas cuando creía que me iba a dejar el dinero en su establecimiento. Como si quisiera agradarme al contestar lo que yo quería oír. En cuanto interpretó mis verdaderas intenciones, que no venía nada más que a sacar información, cambió de actitud y me sembró de incertidumbre con su aparente falta de memoria. Por ejemplo, no me aclaró si Benito había comprado la sortija en horario de oficina. Era un dato importante, yo sabía que mi socio jamás salía de la agencia en horas de trabajo.

Tampoco le había preguntado por todo lo contrario: si recordaba a mi mujer comprando el maldito anillo. Hasta era posible que la respuesta hubiera sido la misma, que se acordaba de ella perfectamente. Seguro que sí, que habría contestado de esa forma, como dándole la razón a un loco. Todo para conseguir que el cliente, es decir yo, terminara comprando algo.

Al tiempo que conducía de vuelta a la agencia, cada vez me convencía más de que todavía existía alguna posibilidad de que no fuera Benito el autor del

regalo. Me agarraba a ese mínimo porcentaje como un náufrago a los restos que flotan a su alrededor.

Llegué a la oficina a las once de la mañana.

Horario laboral. Benito no estaba.

—Ha ido a la peluquería de abajo —me informó Inma, la secretaria. Una mujer que frisaba los cuarenta, con aire monjil, a la que Pelayo le tiraba los tejos como quien arroja piedras a un pozo sin fondo esperando que suene—. Debe estar a punto de llegar, porque se ha dejado la chaqueta en el perchero.

Benito era tan pulcro y maniático que seguro que no quería llenar de pelos su americana. Mi socio se encontraba a mitad de camino entre un pijo redomado y un obsesivo por el orden y la limpieza.

—Por cierto, no paran de llamarle por teléfono. —Inma señaló la chaqueta, de allí procedía el sonido del móvil.

—Ya contestaré yo, puede ser algo importante —dije con disimulado interés.

Llegué tarde: cuando introduje la mano en el bolsillo de la chaqueta, el móvil dejó de sonar. Aun así, lo cogí, entonces me fijé que el aparato dejó al descubierto un pequeño papel doblado. Era un resguardo de haber pagado con tarjeta de crédito. Miré a Inma: tecleaba en su ordenador. Me puse de espaldas para que no pudiera ver cómo hurgaba en el bolsillo de Benito. Me hice con el tique.

Era de “Joyerías Lázaro”.

Mientras mi náufrago particular se hundía irremediabilmente, volvió a activarse el móvil. A la vez que sonaba, sentí que vibraba en mi mano como un pez que se resiste a estar fuera del agua. Benito tenía un mensaje SMS. Vi el texto: “Llámame”. Como no podía ser de otra manera, el aviso procedía del teléfono de Paula.

En ese preciso instante, Benito entró en la oficina. Solté el móvil y el papel en el bolsillo de su chaqueta al tiempo que le decía:

—Alguien te ha llamado. Iba a contestar, pero ya han colgado.

—Gracias, ya me encargo yo —respondió Benito que venía en mangas de camisa y corbata, tan acicalado como un testigo de Jehová—. Será alguien de Hacienda, estoy esperando una respuesta a una duda acerca de los libros de contabilidad.

Mi socio vio el mensaje y mintió descaradamente:

—En efecto, son ellos, ahora les llamo.

A esas alturas yo estaba rojo de ira. Para que no pudiera verme, me refugié en mi despacho, pero deje intencionadamente la puerta entreabierto. Quería oír la

conversación entre Paula y Benito. Fue muy breve y Benito hablaba con una voz muy baja, como si no quisiera que le oyera la secretaria. Yo tampoco le oía apenas, sólo escuché con claridad una frase, al final de la charla: “de acuerdo, quedamos mañana a la una”.

Conozco a Paula muy bien y sé que ella no podía haber visto nada en especial en Benito; me refiero a su físico. Mi compañero tiene el aspecto de un mestizo joven y enano. Una rara mezcla ente señorito andaluz y pigmeo del África Central. Un impúber al que mi mujer le lleva más de diez años y con el que no tiene nada en común. Lo único que les podía unir, la verdadera razón por la que yo creía que Paula se sentía atraída por Benito, era que mi socio es pijo de nacimiento y Paula de convencimiento.

Me explico: el apellido de mi mujer, De Zuloaga, es un postizo; como su sonrisa. Su nombre completo es Paula García Fernández. Demasiado simple para alguien que aspira a ser una “grande de España”. Aún no sé cómo convenció al funcionario de turno, en una de las ocasiones en las que tuvo que renovar el DNI, para que le cambiase el apellido —no lo sé, pero me lo imagino. La muy zorra puede ser muy efectiva cuando quiere camelar a alguien; lo digo por experiencia—. Sé que había investigado entre sus antepasados hasta descubrir que un primo lejano por parte de su bisabuela era vasco y se llamaba Zuloaga, como el pintor. Luego le plantó el “De” delante y con eso ya creía haber entrado en la nobleza.

Advenediza hasta decir basta, Paula también es oportunista. Engatusar a alguien como a Benito sólo puede tener un objetivo: escalar un peldaño más en su carrera hacia la cumbre. Una trayectoria iniciada concretamente en Montijo, el pueblo de Badajoz donde nació. Una villa que jamás nombra, no vaya a ser que le salga un sarpullido, y de la que reniega desde que abandonó a su familia para recalar en Madrid cuando tenía diecisiete años. Es mis sueños me la imagino ese día, a la salida del pueblo, a la sombra de un olivo tan retorcido como ella, como si fuera Escarlata O’Hara jurando que nunca más pasaría hambre.

No tengo estadísticas de cuánto odio puede acumular el ser humano, pero en esos momentos yo debía estar en el máximo. Aborrecía a mi mujer con toda mi

alma, tanto que por Benito no sentía nada, mi socio no tenía cabida en ese odio. Mi ira se concentraba en Paula que, por supuesto, era la culpable de todo. La reconstrucción de los hechos estaba más que clara: se conocen en la fiesta de inauguración, ella es la que da el primer paso y se le insinúa. El inocente de Benito pica el anzuelo enseguida, pero es imprudente cuando le envía un ramo de flores al domicilio. Después se llaman varias veces; Benito le manda otro regalo, esta vez de forma más encubierta, y por fin deciden dar el siguiente paso: concertar una cita, verse. Benito se arregla, sale de la oficina para cortarse el pelo, para estar más presentable al día siguiente, y ella le llama para concretar la hora: el jueves a la una del mediodía.

Tenía datos más que suficientes para acabar con la farsa que era mi matrimonio. No necesitaba averiguar nada más. El problema estaba que al divorcio le seguiría la disolución de la empresa. No me veía trabajando con Benito después de una cosa así. De nuevo me encontraba ante la misma tesitura, sólo que con un grado de rabia muy superior al que tenía durante el fin de semana. Seguía sin querer echar por tierra todos mis sueños por culpa de una mujer infiel. ¿Pero qué podía hacer? ¿Cómo castigar a Paula, cómo deshacer nuestra unión sin poner en peligro el puesto laboral que tanto trabajo me había costado construir?

Aunque me consumían las dudas y el odio, decidí seguir a mi socio al día siguiente. No sabía que más pruebas quería obtener. ¿Verlos juntos en la cama? ¿Sorprenderlos? ¿Para qué? No podía hacer nada si no quería verme de patitas en la calle. Me imaginaba otra vez buscándome la vida como simple corrector de textos y me entraban escalofríos. A pesar de todo, los celos me empujaron a ir tras Benito. Mientras conducía camuflado entre el tráfico, siguiendo a mi socio, el cerebro no dejaba de maquinara alguna solución para un problema que no parecía tenerla.

Lo seguí hasta una urbanización en Tomares. Su destino era un conjunto de cinco adosados contruidos escalonados debido al desnivel del terreno. Aparcó enfrente de uno de ellos. Yo me situé al otro lado de un pequeño parque que separaba el grupo de casas de otra promoción todavía en construcción. A los pocos minutos llegó Paula. Se saludaron con disimulo y entraron en uno de los chalés como si fuera la casa donde habían estado viviendo toda la vida. Paula tenía llave y entró con decisión seguida de Benito. Yo no sabía qué hacer. Recuerdo que me puse a darle golpes al volante como si éste fuera cómplice del adulterio que se estaba consumando antes mis propios ojos.

Conduje como un loco lejos de allí. No podía soportarlo. No me explico

cómo conseguí llegar de una pieza a la ciudad sorteando coches de un sentido — y del contrario—, a toda velocidad por la circunvalación. El sonido de la alarma que avisaba de que el depósito de gasolina se encontraba vacío fue el que me despertó de mi delirio, y seguramente el que me salvó de morir en un accidente de tráfico. Recuperé el control del vehículo, que hasta ese momento circulaba por pura inercia. Llegué a la gasolinera más cercana aún con la sangre hirviendo, pero consciente de que llevaba un automóvil. Llené el depósito y cuando fui a pagar, al sacar el dinero, vi la tarjeta.

En ese pedazo de papel estaba la solución a mi problema.

O al menos eso es lo que yo creía bajo los efectos de aquel odio irracional.

La tarjeta de visita decía textualmente: “Matías Bascones del Amo, Abogado”, a continuación, figuraba una dirección y un par de números de teléfono correspondientes al fijo y al fax. En el dorso había escrito a bolígrafo el número del móvil donde podía localizarlo de forma más privada.

En la gasolinera, en ese momento, me vino a la memoria la conversación que habíamos tenido Darío Alcácer y yo el día de la inauguración de la empresa. Recordé cómo el empresario me había entregado la tarjeta de su abogado, y cómo se ofreció a resolverme el problema que entonces me acuciaba y sobre el que versó la mayor parte de nuestra charla. Se trataba de la casa de mi madre y del inquilino que no quería pagar. Alcácer tenía las cosas muchas más claras que nosotros y veía la solución en la intimidación. No sé si fueron las copas o si lo hizo por ganarse mi confianza con vistas a futuros negocios —eso me intranquilizó entonces—, pero el hecho es que me confesó que en ocasiones no hay más remedio que acudir a métodos poco ortodoxos. Criticaba las permisivas leyes del tan cacareado estado de derecho y la lentitud de la justicia, y justificaba la necesidad de actuar frente a la impasibilidad de las instituciones. Abogaba por soluciones eficaces que cortaban de raíz conflictos que de otra forma serían irresolubles.

La conversación finalizó con un apretón de manos y con la entrega de la tarjeta de visita. No la de Alcácer, sino la de su abogado.

Comprendí que el tal Matías Bascones era más que un letrado. Por lo visto era un compañero de la universidad de cuando Alcácer estudiaba Derecho, al que más tarde contrató como “conseguidor” de cualquier tipo de trabajo sucio, o como Darío decía, “un trabajo justo, pero no bien visto a los ojos de la justicia”. Me imaginaba al empresario logrando más de un contrato con esos medios, digamos “políticamente incorrectos”, por seguir con los eufemismos. Yo suponía que Bascones era el intermediario, que ni Alcácer ni su abogado se manchaban

las manos. Tan sólo entregaban el dinero y esperaban a que “alguien” les eliminara los obstáculos que impedían llevar a cabo sus negocios.

De la tarjeta me acordé cuando mi hermano me propuso la reunión familiar, pero deseché enseguida esa solución por verla demasiado drástica, demasiado arriesgada. Sin embargo, en la situación anímica en la que me encontraba el jueves, cuando vi cómo Paula y Benito entraban en aquel adosado, la tarjeta me pareció la solución a todos mis problemas, como el maná que cae del cielo en nuestra ayuda.

¿Podría Bascones ayudarme a terminar con mi matrimonio sin que el negocio se viera perjudicado? Pronto lo sabría, no tenía nada más que llamar a ese móvil.

Entré en un tugurio de paredes de ladrillo sin revoque que alternaban la mugre con las manchas de humedad. Un par de carteles amarillentos por la pátina del tiempo anunciaban corridas de seis toros, seis, en la plaza de la Maestranza. Era el único adorno del bar; eso y una colección cutre de botellas de cerveza vacías, que hacían equilibrio sobre un estante alabeado situado detrás de la barra.

Afuera era noche cerrada y corría un viento frío del norte que estaba provocando la primera caída masiva de hojas de los plátanos de sombra. El interior tampoco estaba muy iluminado que digamos: una luz mortecina que procedía de sendas lámparas colgadas de la pared, a ambos lados de la barra, era del todo insuficiente para alumbrar el local. Las cuatro mesas redondas, y las sillas que las circunvalaban, eran como las de las casetas de feria, pero apenas les quedaba rastro de la pintura original y de los dibujos que algún día tuvieron.

Me apoyé en la tapa de cristal de un barril sustentado por cuatro tarugos, y miré a mi alrededor. Había varios parroquianos en la otra esquina del mostrador que me observaban con curiosidad, y dos personas sentadas en una de las mesas, la que estaba peor iluminada. Intenté averiguar quién de todos ellos sería Bascones.

Lo había llamado el día anterior desde la gasolinera. Intenté explicarle por qué quería hablar con él, pero no sabía por dónde empezar. Le comenté la conversación que habíamos tenido su jefe y yo en la fiesta de la agencia y entonces comprendió. Antes de que terminara de contarle lo que quería de él, me interrumpió con voz grave y me dijo que no debíamos hablar por teléfono. En su

lugar, me emplazó para la noche siguiente en un establecimiento de la calle del Tordo, en el poco seguro barrio de Los Pajaritos; me dijo que llevara veinte mil euros.

Acudí a la cita, a la hora acordada. Allí estaba yo en ese antro, pero ninguno de los sujetos del otro extremo de la barra tenía aspecto de abogado, por tanto, supuse que o Bascones aún no había llegado, o era una de las dos sombras que se sentaban en la mesa de la esquina. Esperé unos minutos y como nadie se movía, decidí acercarme al rincón en penumbra. A medida que me aproximaba a ellos, la escasa luz iba descubriendo la figura de dos personas que desentonaban claramente del resto de clientes. Ambos bien vestidos, uno de ellos con una cazadora oscura y el otro con una parca verde. Supuse que éste sería el abogado. Me dirigí hacia él:

—¿Matías Bascones? —mascullé como si no quisiera molestar.

El de la parca no se inmutó, fue el hombre de la cazadora el que reaccionó. Se levantó, me miró con gesto desabrido y se cerró la cremallera de la prenda de abrigo.

—Siéntese —ordenó—. Ahora es cosa suya. Yo no he estado aquí nunca, ni nunca he hablado con usted. No vuelva a llamarme, ni a mí, ni por supuesto a mi jefe. Adiós.

Obedecí a Bascones y ocupé su asiento mientras él desaparecía por la puerta del local. Me quedé a solas con el otro hombre que resultó ser un tipo de lo más normal. De complexión media, y edad indefinida entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años, tenía el pelo castaño y la mirada serena. Una persona difícil de describir por carecer de alguna característica llamativa. Supuse que eso sería una ventaja para su “trabajo”, aunque no lo veía intimidando a nadie. No con ese aspecto.

—Usted dirá —dijo el tipo como si fuera el dependiente de un puesto del mercado.

—Me llamo Félix Otero... —Hice un ademán para estrecharle la mano, pero me quedé saludando al vacío.

—No me interesa su nombre, ni a usted el mío —interrumpió con sequedad—. Diga lo que quiere que haga y déjese de gilipolleces.

La réplica puso las cosas en su sitio. Me di cuenta de que yo no había ido para tratar un asunto convencional, sino para solucionar el affaire entre mi esposa y mi socio sin que mi trabajo se viera afectado. El hombre que tenía enfrente era un especialista en “convencer” a las personas, “en eliminar obstáculos” según palabras del propio Alcácer. Y yo estaba allí para encargarme

uno de esos asuntos a todas luces ilegales. Sentí que me faltaban las fuerzas para seguir adelante y quise levantarme y salir corriendo del bar. Hubo un momento en el que me veía a mí mismo desde el exterior, como si fuera un espectro, observando la escena en la que yo mismo conversaba con un delincuente, posiblemente un asesino, en un tugurio de un barrio marginal, como si se tratase de una película en la que yo hacía las veces de espectador y protagonista.

Le conté la situación lo mejor que pude. Al acabar la exposición, permanecimos en silencio unos minutos que se me hicieron eternos. Él tenía un vaso con algún licor que se bebió de golpe antes de volver a hablar.

—¿Cuándo es el mejor momento para encontrar a su mujer sola en casa? —preguntó al fin.

—¿Por qué? —dije con voz trémula— ¿Qué piensa hacer? ¿No se le ocurrirá...?

No me atreví a pronunciar la palabra.

—¿Quiere que me encargue del asunto sí o no? —exclamó acercándose a mí tanto que pude oler su aliento a alcohol. Su mirada torva ya no me pareció la de un hombre “normal”. Estábamos hablando de hacer daño a una persona.

—Decídase —insistió—. No estoy aquí para perder el tiempo.

—El lunes. —Las palabras salieron de mi boca, pero no me parecía que las estuviera pronunciando yo.

—¿A qué hora?

—Tenemos una junta familiar a las nueve, una cena. Después ella se irá a casa, sola, alrededor de las once y media. Nosotros seguiremos con la reunión.

—Bien. Necesito tres cosas —continuó con su hablar sucinto, sin ambages, pero seguro—: la dirección de su domicilio, una llave y el lugar donde guardan las joyas.

Le di la llave que llevaba encima y le informé del resto. Nuestra conversación había quedado zanjada. Antes de irnos, me pidió el dinero, insistió en que me asegurase de que mi mujer llegaría alrededor de las once y media y de que no habría más gente en mi casa antes de esa hora. Le dije que desde las nueve la vivienda estaría vacía, que había la posibilidad de que mi mujer llegara un poco antes —o algo más tarde— de las once y media, pero que, con toda seguridad, la primera persona que accedería a mi chalé desde las nueve sería ella. Quedó conforme con la respuesta, pero me advirtió:

—Ya ha oído al Sr. Bascones: esta conversación no ha tenido lugar. —Se levantó—. Nunca más nos volveremos a ver.

El sujeto desapareció entre las sombras mientras yo me quedaba solo.

La conversación había tenido un efecto inmediato sobre mi ira. No había rastro de odio en mi interior, como si todo se hubiera solucionado de golpe. En su lugar la sensación que quedaba no era precisamente de tranquilidad, sino de todo lo contrario: de desasosiego, pesadumbre y, sobre todo, miedo.

La torre de bronce

Los lunes eran días especialmente duros para la agencia. Una empresa que comienza su andadura siempre tiene cosas pendientes acumuladas a lo largo de los siete días anteriores. Con las instituciones funcionando a medio gas el viernes —y sin gas el sábado y el domingo—, diferentes gestiones como permisos, subvenciones o créditos, con organismos del ayuntamiento de Sevilla, de la junta de Andalucía, o estatales; reuniones con autores, editoriales o distribuidoras, etc., todo se paraliza durante el fin de semana. Así que ese día, lunes 10 de noviembre, la Agencia Literaria MOS se encontraba saturada de trabajo, con los teléfonos sonando continuamente, con los tres socios yendo y viniendo, y con Inma, la secretaria, echando humo.

En esa jornada tan complicada hubo trabajo hasta bien entrada la tarde. Incluso Pelayo se había quedado en la oficina para arrimar el hombro, para echar una mano con los papeles. Él, como encargado de marketing y relaciones públicas, generalmente ocupaba su tiempo en eso, en promociones varias, casi siempre fuera de la oficina. Félix, que solía enclaustrarse en su despacho, también se encontraba en la sala central de la agencia para resolver diversos aspectos administrativos que encargaba o dictaba a la secretaria; mientras, Pelayo y Benito se ocupaban de dar salida a distintos expedientes que pretendían actualizar los contratos de los autores a los que ahora representaba la compañía. Es decir, esa tarde, casi por primera vez desde que abrió la empresa, se encontraba todo el personal reunido en la oficina.

Aunque Inma se fue a la hora acostumbrada, un poco después de las cinco, la estajanovista jornada laboral se alargó hasta las ocho. En un momento determinado, cuando ya estaban a punto de cerrar, Benito y Pelayo se pusieron a hablar entre ellos. Félix estaba relativamente cerca recogiendo unos papeles y se dio cuenta de que sus socios mascullaban algo. Los vio sonreír al tiempo que le miraban como a escondidas. Félix comenzó a sentirse incómodo con la situación.

—Félix, creo que eres el último en enterarte —soltó de improviso Benito con una sonrisa de oreja a oreja.

«Como si fuera un marido cornudo», pensó Pelayo, que estuvo a punto de

decirlo en voz alta, pero que, por motivos evidentes, se arrepintió justo en el último instante.

—¿Qué? —Félix soltó de golpe las carpetas que llevaba bajo el brazo. La reacción de Félix fue más vehemente de lo esperado. Casi violenta y desde luego de mucho mayor sorpresa de la que corresponde a alguien que simplemente no sabe de lo que le están hablando.

—Que a Benito lo han cazado —aclaró Pelayo mientras hacía un gesto imaginario con las dos muñecas como si le fueran a colocar unas esposas.

—¿Cómo? —Félix seguía en estado de shock.

—Pelayo tiene razón —confirmó Benito con su sonrisa de siempre, la que parecía tener dibujada en la cara desde que nació—. Me caso el mes que viene.

—¿Con quién? —Casi no se atrevía a preguntar Félix.

—Se llama Patri —respondió el socio más joven—, no la conoces, pero es la mujer más maravillosa del mundo.

—Hasta le ha comprado un anillo de boda y tiene apalabrada una casa ¿verdad? —comentó Pelayo.

—¿Dónde? —inquirió Félix casi con apremio.

—¿Dónde qué? —repitió Benito.

—¿Dónde le compraste el anillo? ¿Dónde has alquilado la casa? —Félix no se daba cuenta, pero su comportamiento no era normal a los ojos de los demás. Sus preguntas estaban fuera de lugar.

—Bueno, si lo quieres saber...

—Sí... por favor.

—La sortija de compromiso la adquirí en Joyerías Lázaro, a muy buen precio, están de liquidación... Te recomiendo la tienda por si tienes que hacer algún regalo.

—Ah... gracias... ¿Y el adosado?

—¿He dicho que fuera un adosado? Bueno, sí lo es, se encuentra en Tomares. El jueves me lo enseñó precisamente tu mujer... —Benito interrumpió el comentario de golpe—. Me parece que he metido la pata...

Pelayo se sumó a Félix en el gesto; éste seguía sin salir de su asombro.

—¿Por qué? —comentaron casi a la vez los dos socios.

—Paula me hizo prometer que no te lo diría... —Benito se dirigió a Félix, esta vez con la sonrisa congelada—. Bueno ya no hay remedio, aunque no creo que sea tan grave: tu mujer trabaja para una inmobiliaria. Ya sé que no te hace gracia, pero no deberías decirle nada, está tan ilusionada...

Salí a la calle sin despedirme. Me ahogaba. Aspiré profundamente y me senté en un banco de piedra. Había que dar marcha atrás, rápido. ¿En qué coño estaba pensando? ¿Cómo se me había ocurrido hacerle daño a mi mujer? Todo había sido producto de mi imaginación, como siempre. Mi mente calenturienta y mis celos enfermizos eran la causa de aquel plan maquiavélico para eliminar a Paula.

Mi esposa era inocente, su único mal era el temor justificado que tenía hacia mí. Justificado por mi mal carácter. Debía pararlo todo. Me prometí a mí mismo que si conseguía anular el plan, me portaría mejor con Paula, por supuesto la dejaría trabajar en lo que quisiera, y nunca más dudaría de ella.

Miré el reloj: las ocho y cuarto. Había quedado a las nueve con mi mujer directamente en el restaurante. Mis hermanos también llegarían en torno a esa hora. La cena estaba reservada para las nueve y media. Casi no tenía tiempo de localizar al sicario de Bascones. Y aunque hubiera dispuesto de todo el tiempo del mundo, tampoco lo habría localizado. Ni siquiera sabía cómo se llamaba, y menos dónde vivía o cuál era su teléfono.

Decidí llamar a Bascones.

El abogado había insistido en que por nada del mundo debía ponerme en comunicación con él, pero esto era una emergencia. Marqué el número y contestó enseguida. En cuanto oyó mi voz, colgó. Insistí, pero ya no lo cogió más. Lo había desconectado. Volví a consultar la tarjeta que Alcácer me había dado. Llamé al teléfono fijo, pero nadie contestaba. Supuse que la oficina estaría cerrada a esas horas, que sería inútil ir hasta allí a buscar al letrado. Para sumar a las desgracias, tampoco sabía la dirección del domicilio privado de Bascones. Todo me salía fatal, como siempre. Mi habitual mala suerte se regodeaba conmigo justo cuando más necesitado estaba.

Tan sólo me quedaba una persona a la que acudir.

Conduje lo más rápido que pude hasta el primer puente que diera acceso a la Cartuja. En menos de diez minutos me planté enfrente del edificio de industrias Alcácer. Miré la torre acristalada de forma fálica y del color del oro arábigo y tuve la sensación de que me hallaba a los pies de un dios inmisericorde. Había luna llena y daba la impresión de que las nubes pasaban rozando la última planta del edificio. Por el efecto del movimiento relativo, parecía que era la torre la que se estaba desplazando. Para ella, todo un símbolo del poder del capitalismo, yo era un ser insignificante al que podía aplastar sin inmutarse.

Me estaba mareando y dejé de mirar hacia arriba. Comprobé la hora en mi reloj de pulsera: eran las nueve menos cuarto. Aún quedaba la posibilidad de que

Darío estuviera trabajando a esas horas. Un hombre como él, tan ocupado, seguro que no descansaba hasta muy entrada la noche. Entré con decisión. Debía hablar con él a toda costa. Si hacía falta, me colaría en su despacho. La vida de mi mujer corría peligro.

El hall era muy amplio y totalmente vacío, como el de un palacio de congresos. Las paredes eran de estuco blanco y de ellas colgaban algunos cuadros expresionistas. Un mostrador sobrio interrumpía la armonía de aquel escenario futurista donde las losetas del suelo parecían del mismo material brillante que el de una encimera de silestone.

—¿Qué desea? —preguntó un hombre uniformado que se encontraba sentado detrás de la barra, justo a la izquierda de la entrada. Por su aspecto, debía ser de una compañía privada de seguridad.

—Quiero hablar con Darío Alcácer —conteste con voz trémula. Intenté parecer más decidido, pero sudaba copiosamente y respiraba con dificultad. Me maldije por ello.

—¿Tiene cita? —la pregunta era retórica, ambos sabíamos que la respuesta sería negativa.

—No, pero es un asunto urgente, de vida o muerte.

—Lo siento —dijo el agente de seguridad al tiempo que se levantaba y salía desde detrás del mostrador. Era mucho más alto que yo y más fuerte—. Si no tiene cita, tengo orden de no molestar al Sr. Alcácer.

—Debo verle... —Sobrepasé el mostrador y me dirigí hacia los ascensores que estaban a la derecha.

El guardia llegó antes y se interpuso entre los botones de llamada y yo.

—Señor, tiene que irse —me advirtió con la mano en la porra que colgaba de uno de los lados de su cinturón.

No le hice caso. Con un quiebro lo sorteé y me fui hacia el segundo ascensor. La paciencia del empleado cedió y me agarró por los hombros.

A los cinco segundos estaba fuera del edificio, arrojado a la calle como si fuera un borracho al que echan de un bar.

Sentado en la acera, me veía derrotado ante el bronceo monstruo de acero que se levantaba ufano ante mí. Jamás lograría acceder al despacho de Alcácer. Aunque consiguiera deshacerme del agente de seguridad y encontrar la oficina de Alcácer, cuando lo lograra, ya sería demasiado tarde: mis hermanos y, sobre todo, mi mujer ya se habrían percatado y extrañado de mi ausencia. Sin estar yo en el restaurante, Paula no duraría ni diez minutos. Se iría a casa incapaz de estar sola con mis hermanos. Lo cual sería fatal.

No tenía más remedio: debía acudir a la cena y pensar en una solución antes de que mi mujer abandonase el local.

Me quedaba un cuarto de hora para llegar.

Cambio automático

Paula se bajó del taxi de mal humor. No le apetecía nada esa velada “familiar”. Miró el reloj y se le escapó una ligera sonrisa: llegaba tarde al restaurante con toda la intención. Por nada del mundo quería ser la primera, tener que esperar a sus cuñados, saludarlos uno a uno y charlar con ellos en la barra mientras llegaba el resto. Prefería hacer un saludo general a todos y pasar a la mesa; cenar rápido e irse a casa cuanto antes. Nada de licores ni copa a los postres. Pondría como excusa que no quería beber porque iba a coger el coche de Félix de vuelta, ella sola, ya que no pensaba asistir a la reunión posterior.

Paula pagó al taxista lo justo, sin propina, y entró en el local situado en la medianía de la céntrica calle de Reyes Católicos. En efecto, allí la esperaban, en la barra, alineados como para una revista militar, todos sus cuñados acompañados de sus esposas. Hizo un gesto amplio con la mano al tiempo que mascullaba un saludo. Después, preguntó con retintín:

—¿Dónde está mi querido esposo?

—Aún no ha llegado —respondió Jaime que apuraba una copa de cerveza.

—Ya estoy aquí —exclamó Félix que apareció como por arte de magia—. He tenido que aparcar en Plaza de Armas porque Reyes Católicos está imposible —se excusó.

Tras las presentaciones de rigor, la mayoría sin muchos aspavientos dadas las relaciones poco cordiales que en ese momento existían entre los hermanos, pasaron a un reservado. El restaurante era un mesón de ambiente castellano, como un fogón segoviano. De colores cálidos y con un par de chimeneas muy bien alimentadas, era un lugar acogedor donde predominaba el olor a cochinillo y a lechón asado. Uno a uno, atravesaron un arco de mampostería y se acomodaron en una mesa rectangular para veinte plazas. Paula se sentó al lado de Félix y casi no abrió la boca en toda la cena. Ni ella ni su marido, cosa que le extrañó, porque Félix solía ser bastante pesado después de la segunda copa de vino.

—¿Te ocurre algo? —se interesó Paula, que veía que su esposo se encontraba algo pálido y no probaba bocado.

—Nada, no tengo mucho apetito —respondió sin ganas—. Estoy algo cansando, la verdad es que ha sido un día duro...

—Pues aún te queda lo peor...

—Sí...

Félix no parecía muy entero para afrontar un debate como el que se le venía encima. Paula estaba convencida de que sus cuñados se aprovecharían de la situación para colarle a Félix cualquier acuerdo poco conveniente para él. Pero eso a ella no le importaba demasiado. Se encogió de hombros y terminó su solomillo. Era la única que no había querido cordero, la especialidad de la casa, todo con tal de no tener que compartir la fuente con el resto.

Al acabar la cena cumplió lo prometido: Paula se despidió de sus cuñados y de Félix que continuaba ausente atiesándose el bigote con cierto nerviosismo; cogió las llaves del coche de su marido y salió del restaurante.

El automóvil se hallaba estacionado en Plaza de Armas, un parking construido bajo el centro comercial, que a su vez se encontraba situado en lo que en su día fue la estación de Córdoba. Paula salió del aparcamiento por Marqués de Paradas y dio la vuelta por Torneo hacia el puente de Triana. En el semáforo de la calle Arjona con Reyes Católicos, un Chevrolet gris metalizado con los cristales tintados se saltó la señalización vertical. El conductor del turismo incumplía unas cuantas regulaciones más de tráfico ya que circulaba en sentido contrario. Se comportaba con tal brusquedad que derrapó al tiempo que adelantaba violentamente a Paula con riesgo de colisión. Todo sucedió muy rápido, pero Paula juraría que la berlina era muy parecida a la de Jaime. Un cochazo de lujo con el que su cuñado alardeaba ante el resto de hermanos para recordarles quién era el mayor y, sobre todo, quién se encontraba en mejor posición económica. Paula desechó la idea: el turismo no podía ser el de Jaime al que acababa de dejar en el restaurante fumándose un puro y tomando una copa de brandy.

Paula siguió algo más tranquila por el paseo de Cristóbal Colón. A la altura de la Torre del Oro, el tráfico comenzó a colapsarse. La mujer de Félix tardó un mundo en pasar el cruce con el puente de San Telmo mientras pensaba en lo anormal de un atasco a esa hora.

Bien entrado el paseo de Las Delicias, Paula observó que en las cercanías del puente de los Remedios había ocurrido un accidente: varios coches estaban atravesados en la calzada, y uno volcado, el Chevrolet. Como no podía seguir recto, Paula optó por girar a la izquierda por la Rábida, bordear la universidad y cruzar hasta la avenida de Portugal para rodear la plaza de España por fuera. Así hasta llegar a la avenida de la Borbolla. Se preguntó qué podría haber pasado con aquel coche que conducía como un loco y que estuvo a punto de embestirla.

En Manuel Siurot, Paula se cruzó con una ambulancia y un par de coches patrulla con las luces y sirenas encendidas. Se felicitó por su buena suerte, por no ser uno de los conductores de los automóviles implicados en el siniestro hacia donde, con toda seguridad, se dirigían los servicios de emergencia. Ella, sin embargo, ya estaba muy cerca de su casa. Cansada y todavía alterada por lo sucedido en la Palmera, se bajó del coche que había estacionado en el vado del chalé.

Se encontró la verja de la entrada abierta de par en par.

Paula cruzó el jardín y se dirigió al porche. La puerta se hallaba entornada y la cerradura había sufrido un golpe. Con la madera astillada, el picaporte resistía a duras penas.

Por un instante dudó si pasar o no, pero finalmente Paula atravesó la puerta.

Lo sabía: en el restaurante ya se estaban poniendo nerviosos. Mi mujer preguntaba por mí justo en el momento en que me presenté, y eso que sólo había llegado diez minutos tarde. Después de los saludos —a más de uno de mis hermanos no los veía desde el entierro de nuestra madre—, pasamos a la mesa y nos sirvieron unos aperitivos que yo no probé, como el resto de la cena. Con el nudo que cerraba mi estómago me veía incapaz de tragar nada.

No tengo ni idea de qué hablaron el resto de comensales, mi mente estaba ocupada buscando una solución. Miraba al plato sin verlo mientras pensaba cómo salir del atolladero sin que mi mujer sufriera daño. Recuerdo que se agolpaban las ideas sin orden ni sentido: una opción era llamar a la policía, pero eso implicaba mi inmediata detención por intento de homicidio; también podía contarle todo a Paula, pero la reacción de ella sería la que quería evitar: mi matrimonio al garete y, seguramente, el negocio también. Recitaba mentalmente excusas para evitar el desastre. Pero reconocer que todo había sido fruto de mis celos injustificados y enfermizos, y urdir un plan para eliminar a mi mujer, era algo tan sumamente grave que no existían excusas en la tierra suficientes para convencer a Paula. Eso sin contar con que me podía denunciar; seguramente lo haría; yo lo haría si fuera ella.

La cena avanzaba y no conseguía ordenar mi mente. Sólo me preocupaba de mirar el reloj y de pensar que el sicario de Alcácer y Bascones ya debía estar en mi casa. Me lo imaginaba abriendo la verja y la puerta del chalé con la copia de la llave que le entregué. Lo veía subiendo las escaleras hasta nuestro dormitorio, hurgar en la cómoda y escoger algunas de las joyas de mi mujer para simular un robo. Percibía su figura amenazante entre las sombras, esperando cerca de la

puerta, dispuesto a atacar en cuanto llegara Paula.

Me encontraba tan lejos de la velada que me sorprendió cuando ésta terminó. Lo vi todo como en cámara lenta y sin sonido. Paula me decía algo del coche. Yo, como un autómata, le di las llaves. Ella se levantó. Observé como se movía. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida. Caminaba despacio, como en una nube, así la veía yo. Después de que Paula saliera del restaurante, aún estuve unos minutos sin reaccionar. Entonces creo que alguien tiró un vaso al suelo, un camarero o un cliente, no sé. Pero el ruido de los cristales me despertó. Recuperé el sentido y todo volvió a ser normal. Las cosas estaban así: mi mujer se iba hacia el desastre y yo no podía hacer nada por evitarlo. Entonces lo vi claro. Sólo tenía una opción: llegar antes que ella y convencer al asesino para que no siguiera con el plan. Prometerle más dinero, hacer lo que fuera, pero impedir que continuase con su perversa misión. No tenía por qué hacerlo si yo no quería. Yo era el que decidía, ¿o no?

Pregunté en voz alta quién tenía el coche aparcado más cerca. Jaime me dijo que lo había estacionado al final de la calle. No recuerdo si puse algún pretexto —quizás que me había dejado algo importante en casa—, o puede que no dijese nada, que simplemente cogiera las llaves de Jaime para salir cuanto antes de allí.

Calculé que mi mujer ya estaría cerca del parking de Marqués de Paradás. Las nubes ya dominaban todo el cielo porque no había rastro de la luna llena. Corrí hacia el final de Reyes Católicos y, en efecto, allí estaba el Chevrolet de Jaime. Era un coche enorme, automático. Yo nunca había conducido turismos de ese tipo, pero no podía ser complicado. Sabía lo básico: tenías que “cortarte” la pierna izquierda mentalmente. Sólo había que usar la derecha, para todo, para acelerar y para frenar. No había marchas ni embrague.

Reyes Católicos es de un solo sentido. Para mí en aquel momento era el sentido equivocado, así que opté por no tener en cuenta la dirección del tráfico y conduje directo hacia el cruce con Arjona, sorteando todos los automóviles que venían de frente. Las luces blancas o amarillas cuando se aproximan y te ciegan pueden ser de lo más aterradoras. La mayoría de los coches que se cruzaban conmigo accionaban el claxon y sacaban los brazos por las ventanillas. No les hice caso; yo seguí a lo mío.

Vi a Paula.

Di un volantazo para esquivarla y me incorporé al sentido correcto de marcha, ya en el paseo de Cristóbal Colón. Ahora las luces que tenía delante eran rojas, mucho más fáciles de esquivar cuando van en tu mismo sentido y la velocidad relativa es menor. Seguí recto algo más tranquilo, convencido de que

había dejado atrás a Paula. Iba rápido, pero mi conducción ya no era temeraria. Recuerdo que mientras recorría el paseo de las Delicias iba pensando en lo que le diría al criminal que esperaba en casa. De repente, la avenida se despejó de vehículos. Tan sólo quedaban en el asfalto el reflejo de las luces de las farolas y los semáforos. Afuera las cosas se habían relajado, pero mi cabeza seguía en ebullición. Miré por el espejo retrovisor, ya no veía a Paula. Es difícil distinguir los coches cuando te deslumbran los faros, pero pensé que se había quedado descolgada. “Mejor para mí; y para ella”, pensé.

Con tantas cosas en la cabeza, me despisté lo justo como para no tener en cuenta el cambio automático.

Debía ir como a ochenta o noventa por hora. Noté que el motor no rodaba cómodo, entonces quise cambiar de marcha, poner la quinta. Pisé a fondo con el pie izquierdo lo que creía era el embrague.

El frenazo fue tan violento que perdí el control.

El coche zigzagueó por la avenida hasta que dio una vuelta de campana.

Por suerte llevaba puesto el cinturón de seguridad. No recuerdo cuándo me lo abroché, pero debió ser algo automático, igual que el maldito cambio de marcha. Gracias al cinturón, permanecí consciente todo el tiempo, aunque estaba algo desorientado. Tardé unos minutos en darme cuenta dónde estaba y qué hacía allí. Entonces me entraron las prisas: debía salir rápido; llegar como fuera a mi casa antes que Paula.

Llegar antes, eso era lo único que tenía claro.

Me incorporé a duras penas, con el cuerpo dolorido, pero con las suficientes fuerzas para salir del coche por la ventana del copiloto cuyo cristal había desaparecido. Me levanté y miré a mi alrededor. La pacífica y desierta avenida se había convertido en una zona de guerra: automóviles atravesados en la calzada; colas de vehículos en ambos sentidos con conductores impacientes haciendo sonar el claxon; y el ulular de sirenas que anunciaban la llegada de ambulancias y coches patrulla al lugar del accidente.

Comencé a caminar y noté que me dolía horrores la pierna izquierda. Recuerdo que pensé que como ella era la culpable, era justo que la extremidad causante del siniestro fuese la que debía sufrir todo el castigo.

Alcancé la acera cojeando y paré un taxi que acababa de atravesar el puente de los Remedios y circulaba en sentido Cádiz.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que le lleve a Urgencias? —se ofreció el taxista.

—Estoy bien, sólo deseo irme a casa.

Le di la dirección y le dije que si llegábamos en menos de diez minutos, le daría el doble de lo que marcaba el taxímetro.

—Estaremos allí en ocho minutos —afirmó el conductor.

Cumplió lo prometido.

La casa estaba a oscuras, como la calle. Parecía que hubiera un apagón, pero no lo había, era yo que lo veía todo negro: o Paula aún no había llegado, o ya era demasiado tarde. No tardaría en averiguarlo.

Me bajé del taxi y abrí la verja despacio como si pesara una tonelada. Lo hice para no hacer ruido, pero la condenada chirriaba como un gato al que le han pisado la cola.

Atravesé el jardín arrastrando la pierna zurda. Las ventanas no daban ninguna pista, estaban con las persianas bajadas. Llegué al porche y metí la llave en la cerradura. La giré con tiento, como si fuera el detonador de una bomba. Abrí la puerta.

Entré...

No deja de ser curiosa la sensación de atemporalidad que se percibe en un cementerio. Fuera del recinto del camposanto circulan los automóviles, la gente camina hacia sus quehaceres, el mundo gira. Dentro de la necrópolis nada parece alterar la armonía que yace permanente. Las horas pasan —o no lo hacen— igual que los segundos o los años. Nada cambia. Ni siquiera las exequias, que aquí y allá se celebran todas iguales. Sólo cuando alguna de ellas se sale de lo normal, por ser el destinatario de las honras fúnebres alguna personalidad relevante, puede interrumpir el sosiego perpetuo del lugar. Pero no deja de ser algo eventual, pronto se restaura el estado de tranquila infinitud, que inunda el espacio y lo mezcla con el tiempo. Como si el cementerio hubiera sido engullido por un agujero negro donde ambas dimensiones pierden su significado convencional para convertirse en una sola.

Con esa relajación que transmite la linealidad de elementos —hileras de tumbas y lápidas, filas de árboles, avenidas rectas, vallas interminables—, y con la certeza de haber alcanzado la paz interior que tanto buscaba, he comenzado una nueva etapa aquí, hoy, en el cementerio.

Atrás han quedado los sentimientos de culpa, de negatividad y pesimismo. La mala suerte que aparentemente me acompañaba en todas las opciones por las que apostaba, ya no tiene razón de ser. La creencia de que nada me salía bien, por fin ha desaparecido. Me siento libre. Como cuando sueltas el lastre de un globo y éste comienza a subir, a flotar mecido por el viento y a ascender gracias al aire caliente.

Hace dos días me vi en una encrucijada, pero tomé el camino correcto. Por primera vez en mi vida una decisión, tomada en una situación de emergencia, eso sí, ha salido bien. Fue cuando me di cuenta de que mi mujer no me engañaba, que todo eran imaginaciones mías. Celos injustificados que han ensombrecido mi carácter a lo largo de los últimos años, que han estropeado más de un proyecto y que no me han dejado avanzar.

Hace dos días lo vi claro: puse todo el empeño en llegar a mi casa antes que Paula para impedir el asesinato de mi mujer a manos de un criminal a sueldo. Lo demás era secundario. Todo lo demás, incluido mi vida.

Atravesé la entrada y recibí aquel disparo mortal.

Apenas se oyó ruido alguno. Sonó como el corto zumbido de un insecto volador. Dolió como una quemadura, pero no duró mucho tiempo, enseguida me desvanecí para no despertar ya nunca más, al menos no de la manera que se

entiende en el mundo de los vivos.

Antes de perder la consciencia pude ver a mi asesino. Por supuesto, se trataba del sicario contratado en aquel tugurio de los Pajaritos. Ni siquiera se había tapado su rostro indiferente, tan seguro estaba de que nadie vivo podría reconocerlo. Se había refugiado en la oscuridad de la habitación y lo tenía claro: la primera persona que atravesara la puerta principal de la vivienda sería abatida de un disparo.

Recuerdo que se acercó para rematarme, para cerciorarse de que había cumplido bien con el encargo. Portaba en su mano derecha una pistola con silenciador. Pensé que era muy difícil matar a alguien de un solo disparo, al bulto, a oscuras; pero la suerte también influye: a mí me dio en todo el corazón, no necesitó gastar otra bala.

Pude ver la cara de sorpresa del homicida al verme allí tumbado en lugar de a mi mujer. Su gesto de incomprensión desapareció justo después de oír cómo yo pronunciaba, casi susurraba, mis dos últimas palabras:

—Déjala vivir.

El asesino se encogió de hombros, introdujo la pistola en la pretina, abrió de par en par la puerta que se hallaba entornada, le dio una patada a la cerradura para simular que había sido forzada, y salió por donde había venido. Supuse que se iba con los bolsillos llenos de joyas para interpretar perfectamente el papel del ladrón al que le han cogido in fraganti.

Lo vi como lo que era, como un profesional que ya había cobrado por un trabajo que, si bien no era el previsto, había sido realizado con corrección y, por tanto, ya no tenía nada que hacer allí. Yo estaba seguro de que no molestaría más a Paula. De todas formas, aguanté vivo lo suficiente para ver cómo entraba mi mujer, sin un rasguño; después me desvanecí.

Con la convicción de haber impedido una injusticia, de haber evitado una tragedia, me fui en paz.

Me imagino que a estas alturas del relato les habrá sorprendido que los muertos seamos capaces de comunicarnos con los vivos. No se extrañen, desde aquí se ve de distinta manera: para nosotros, lo verdaderamente increíble es que algunos de ustedes puedan escuchar nuestras palabras.

Les diré algo con respecto a los que nos encontramos a este lado. En primer lugar, nuestros sentidos son algo diferentes a los de los vivos: son menos en número, pero se utilizan con mayor intensidad; son más sensibles, valga el pleonismo. Por ejemplo, esta mañana, cuando mi cuerpo ya se encontraba bajo

tierra, podía ver perfectamente todo lo que sucedía a mi alrededor. Lo hacía como si estuviera fuera del ataúd, desde una posición cenital, observando lo que ocurría en los 360 grados. Es difícil de explicar porque además veía sin referencia en el tiempo. Era capaz de observar lo que pasaba en ese momento y en cualquier momento del tiempo pretérito o futuro. Sólo tenía que fijarme en un instante determinado. Así, mientras los operarios echaban la última palada de tierra en mi tumba, contemplaba lo que pasaba unos meses después o unos años antes. Recuerdo que era testigo de lo que sucedía en las proximidades: dos jóvenes de la mano parecían estar pidiéndole a un fallecido su bendición para casarse; muy cerca, pero en otro tiempo futuro, una mujer apartaba unas flores en una lápida donde pude leer algo así como: “Aquí descansa fulanito de tal, buen médico, mejor esposo.”; a su lado, hace unos años, un niño y su abuelo rezaban junto a una sepultura conjunta que debía ser la de los padres del chico, etc....

Son ejemplos de nuestras habilidades, de lo que podemos hacer, si bien, no compensan en absoluto otras carencias. Es importante —y evidente— la falta del sentido del tacto y del gusto, pero lo que más echo de menos es que los muertos no seamos capaces de entender lo que dicen los vivos. Al menos yo no me veo apto para escucharlos. Supongo que al perder la referencia del tiempo, el don de la audición se nos ha negado para evitar superponer voces que podrían confundirnos. En realidad, no sé cuál es la razón, todavía estoy un poco verde en asuntos del más allá.

Esta mañana, por ejemplo, distinguía perfectamente a todos los asistentes al funeral —y muchas más cosas, como ya he dicho—, pero por más que me concentraba en sus comentarios, más difícil me parecía captar lo que decían. No entendía el responso del sacerdote, y las palabras de pésame o consuelo entre los amigos y familiares se interferían unas con otras como si se encontrasen hablando en diferentes idiomas a los pies de la Torre de Babel. Todo formaba un conjunto de sonidos indescifrables que parecía que alguien los estuviera codificando antes de pasar por mis oídos.

A pesar de no comprender lo que decían, no me resultó difícil adivinar las palabras que se intercambiaban los presentes en el entierro. Supongo que las habituales en estas circunstancias.

Veía a mis socios junto a mi mujer en primera fila, todos con expresiones serias en sus rostros; hasta la habitual sonrisa de Benito había desaparecido. Mi compañero iba con su novia Patri colgada del brazo, una chica que no conocí en vida, pero que da la impresión de ser una joven agradable y simpática. Desde

luego hacen muy buena pareja, y ahora me parece increíble que alguna vez llegara a pensar que Benito tenía algo que ver con Paula. Me parece tan absurdo como que Inma, la secretaria, llegue a tener una aventura con Pelayo, mi otro socio. Por cierto, muy buen detalle el de Pelayo cuando ha procurado no dejar sola ni un momento a Paula. La ha estado acompañando y consolando todo el tiempo que ha durado el funeral. Esos son los verdaderos amigos, los que no te fallan en los momentos más difíciles.

Gracias a Pelayo, Paula ha mantenido el tipo en todo momento. No ha soltado una sola lágrima; siempre he admirado la fortaleza de mi mujer. Una vez más ha sido el centro de la reunión, el eje sobre el que ha girado la ceremonia.

Las honras fúnebres han durado como veinte minutos y la verdad no han estado mal. Media entrada diría yo: sólo amigos y familiares más cercanos. De todas formas, siguen sin gustarme mucho estas celebraciones. Hoy quizás he estado más atento que otras veces porque yo era el homenajeado, pero me he quedado más tranquilo cuando al final se han ido todos. La lluvia ha cesado y el cementerio ha vuelto a su apacible monotonía; al lento transcurrir de días, meses y años sin que parezca que cambie nada, ni siquiera las estaciones.

Sé que fuera del recinto estamos en pleno otoño, pero aquí dentro no se nota. Los cipreses son de hoja perenne y, por tanto, no hay nada que indique que nos encontramos en dicha época del año; ni en esa, ni en ninguna otra.

Autor

Fernando de Cea (Madrid, 1958) es capitán de fragata de la Armada, especialista en Armas Submarinas y diplomado en Estado Mayor. También es licenciado en Economía, con especialidad en Análisis Económico, y crítico de Cine.

Como marino ha mandado los buques "Anaga" y "Guadalquivir", entre otros destinos. Como crítico de cine ha publicado artículos profesionales en revistas especializadas y numerosas reseñas y críticas de cine en prensa escrita, revistas culturales y medios digitales. Escribe con asiduidad en su blog de cine "El blog de Ethan".

Es autor de las novelas, "*Puentes y Sombras*" (ABEC Editores, Sevilla, 2012) "*Cenizas para un blues*" (Ediciones En Huida, Sevilla, 2014), "*El suave roce de tu pelo*" (Ediciones Alféizar, Córdoba, 2016) y "*Visibilidad cero*" (Editorial Juventud, Barcelona, 2018), y de los ensayos, "*El Autoremake en el cine. ¿Obsesión o repetición?*" (T&B Editores, Madrid, 2014) y "*Cine y Navegación. Los 7 mares en 70 películas*" (Editorial Berenice, del grupo Almuzara, Córdoba, 2018). En 2014 gana el premio local del IV Certamen Internacional de Novela Corta "Giralda" con "*La Habitación 104*" publicado en el recopilatorio *Azucenas de bronce* (ITIMAD, Sevilla, 2014). En 2016 queda segundo finalista en el I Premio "Alféizar" de novela con "*El suave roce de tu pelo*". En 2017 gana el XXI Premio Nostromo con la novela "*Visibilidad cero*".

Leer más: <https://www.fernandodecea.com/nosotros/>

Contents

[CEMENTERIO DE BABEL](#)

[La rodilla en la espalda](#)

[Hoyo dieciséis](#)

[Asientos de platea](#)

[El Naufragio](#)

[La torre de bronce](#)

[Cambio automático](#)

[Autor](#)